



INVESTIGACIONES | DCTS  
DOCTORADO CIUDAD, TERRITORIO Y SUSTENTABILIDAD

# IDENTIDADES CONTEMPORÁNEAS EN LA VIVIENDA AUTOPRODUCIDA DE QUITO

MISHELL ECHEVERRÍA BUCHELI

PRÓLOGO

DANIEL GONZÁLEZ ROMERO



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA  
Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño





INVESTIGACIONES | DCTS  
DOCTORADO CIUDAD, TERRITORIO Y SUSTENTABILIDAD

IDENTIDADES CONTEMPORÁNEAS  
EN LA VIVIENDA AUTOPRODUCIDA  
DE QUITO

MISHELL ECHEVERRÍA BUCHELI

PRÓLOGO

DANIEL GONZÁLEZ ROMERO



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA  
Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño



INVESTIGACIONES | DCTS  
DOCTORADO CIUDAD, TERRITORIO Y SUSTENTABILIDAD

IDENTIDADES CONTEMPORÁNEAS  
EN LA VIVIENDA AUTOPRODUCIDA  
DE QUITO

MISHELL ECHEVERRÍA BUCHELI

PRÓLOGO  
DANIEL GONZÁLEZ ROMERO



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA  
Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño

Este libro está basado en la tesis doctoral: *Identidades contemporáneas en la vivienda autoproducida de Quito* fue editada e impresa con los recursos financieros del programa de Doctorado en Ciudad, Territorio y Sustentabilidad [DCTS] del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño de la Universidad de Guadalajara [México].

## **IDENTIDADES CONTEMPORÁNEAS EN LA VIVIENDA AUTOPRODUCIDA DE QUITO**

Mishell Echeverría Bucheli

Diseño de colección e interiores: Estudio Tangente, SC

Primera edición

D.R. © 2023 Universidad de Guadalajara

Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño

Universidad de Guadalajara

Av. Juárez 976, Centro, CP 44100,

Guadalajara, Jalisco, México.

**ISBN: 978-607-581-081-2**

Editado en México

*Edit in Mexico*

**COMITÉ EDITORIAL 2023-2025**

editorial@cuaad.udg.mx

www.cuaad.udg.mx

# Prólogo

Daniel González Romero

Es gratificante comprobar, a la vista de este volumen, que surgió de haber pasado por las aprietos y preocupaciones, horas de lecturas, desvelos personales, de cruzar puentes hacia el conocimiento, de estudiar y convivir en el doctorado Ciudad, Territorio y Sustentabilidad, de la Universidad de Guadalajara y la confianza depositada por su institución, la Universidad Central del Ecuador, UCE, que el camino para ahondar en el conocimiento está aquí presente.

El empeño de Mishell Echeverría, desde que la conozco como estudiante, durante la tarea de perseguir sus ideas en el trabajo de producir su tesis, luego en el debate para obtener el grado de doctora, y ya ahora funcionaria y profesora en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCE, sigue el mismo derrotero, la misma ruta, que no es otra que salvar los abismos entre modernidad y tradiciones, entre los movimientos culturales edificados en un contexto particular, Quito (su extensión en el territorio nacional), que por diversas vías se fusionaron en la existencia material de las clases populares. El reto de coincidir y atestiguar. Lo propio y lo ajeno.

Parte, en sus estudios e investigación, del compromiso de no abandonar la importancia de la identidad, especialmente la que se mezcla entre los procesos de la realidad y vida de los sectores y comunidades menos favorecidos por el denominado progreso. Entornos concretos separados de los privilegios directos de la modernización, que son evidencia de ese proceso en los países del continente, los de América Latina, no tan diferentes en otras geografías del mundo.

Los complejos procesos que, durante el siglo pasado y en el presente, se replican en la relación ciudad y arquitectura, procesos urbanos y estructuras sociales, constructos barriales, tradiciones

rurales y tratamientos modernizadores, sobre un territorio como el ecuatoriano, se expresan en todo su realismo. El marco de sus disquisiciones, tiempo y lugar se encuentra en la vivienda denominada popular, cuya presencia es la suma de las contradicciones que durante la vida cotidiana de adaptación, asimilación, los comportamientos, la adecuación del espacio de las viviendas, exterior-interior, que el sistema de raíz capitalista impone de forma directa o subliminal.

Con afán irreductible en tal sentido, se puede leer entre sus primeras líneas, observar, en una cita que hace de Eliana Cárdenas, en este texto de su autoría, en el que en su pensamiento se desenvuelve, y deja ver una clara postura al afirmar:

...que existen rasgos particulares en cada lugar... [que dan]... inicio a la crítica a los procesos de universalización de la modernidad, y en el campo de la arquitectura, esto se traduce a la tendencia de replicar códigos arquitectónicos, que es lo opuesto a las dinámicas sociales, donde muchos sectores mantienen tradiciones rurales y comportamientos propios del lugar (Cárdenas, 2018).

En esta aparentemente confusa cita establece en su cercada dimensión cómo la tradición y la arquitectura sufren, en un momento determinado, en un tiempo y lugar, un choque del que van a resultar expresiones particulares que se singularizan en la construcción de la vivienda de los núcleos sociales que buscan integrarse a la modernidad, sin perder o anexando parte de la historia de la que provienen.

A Mishell le preocupa, es una constante, la manera en que los comportamientos determinan las formas de habitar, de un conjunto social en el cual confluyen las transformaciones del sistema y, por lógica, las de los individuos y las necesidades colectivas, la construcción de identidades y comportamientos. Preocupación que conecta con los sucesos e influencias que devienen de lo global. Agrega que “estos procesos cambian la forma de actuar de los seres humanos que responden a un discurso de poder que influye a nivel general, siendo el ámbito social el más golpeado por las tendencias económicas de globalización”.

Es la parte conceptual de este trabajo, me parece, lo más interesante de su contenido, sin menospreciar los ejemplos que lo sostienen. Sin embargo, dado que es un fenómeno que abarca la actualidad de muchas áreas del continente latinoamericano, trata de abordar en su fondo las contradicciones de la ratio y la praxis de una cultura occidentalizada en búsqueda de alternativas para recuperar y particularizar el espacio propio y su carácter identitario, su carácter en el sentido clave de resaltar la existencia de un pensamiento que forma parte de la etapa histórica en la cual se reacomodan y construyen escenarios diversos, diferentes, alineados de una manera u otra en el marco de la sociedad de consumo.

Cierto que no es nuevo recurrir al tema de la identidad para tratar la fabulación que se encuentra entre la arquitectura y el habitar, que al mismo tiempo se localiza en los rasgos que individuos y comunidades intentan, asumen en su traducción de su momento histórico, edifican, internalizan ajenidades apropiadas en el uso del espacio y la personalidad particular. Verificar los conductos en los que la producción de los estereotipos se mueve y se promueve. No es la copia de lo imprescindible, pero sí la interiorización del nuevo orden al que se pertenece y que se comparte.

Se distingue en el trabajo la preocupación por el problema de la identidad y funciones que esta desempeña la adaptación de los seres humanos en un contexto en evolución constante y vinculado al uso de la vivienda. Ahora bien, la autora no trata de cualquier tipo de vivienda, sino de la que denomina “autoproducida”, eje de su discurso académico. El escenario, por lo tanto, va a relacionar la periferia urbana como el asentamiento donde se producen los procesos del fenómeno que la preocupa.

El planteamiento discurre así por las prácticas que en estos espacios se generan y que, no alternativamente y a diferencia de otros espacios interiores de la ciudad, van a generar externalidades cómplices a su informalidad, las formas visibles que dan constancia de comportamientos y búsquedas de otra identidad sin abandonar la propia, de cooptadas opciones de

integración y personalización. Es, por lo tanto la búsqueda de minorías no aisladas, no segregadas, que conciben y plasman un entorno que se impacta y reproduce a sí mismo y en relación directa con las dinámicas formales y los comportamientos modernizados de otros sectores de la sociedad urbana.

El acotamiento que hace la autora de los espacios en los cuales acerca su investigación resalta la autogestión y la organización social y su presencia en el ámbito económico y político. Ciertamente es que de una manera u otra forma su acercamiento al problema parte del impacto del mercado inmobiliario, de la especulación, que resalta su impronta en el marco de la totalidad de la ciudad.

Es recomendable, y vale el tiempo que se necesite, leer cuidadosamente este libro, que sale de una mente beligerante e incansable en sus convicciones, a tomar en cuenta para poder entender el mensaje que transmite respecto de un fenómeno que desparrama actualidad en Ecuador, en América Latina, en el mundo del abandono social, y sobre todo comprender su contenido como un mensaje para todos y en especial para quienes trabajamos estudiando las ciudades y nos relacionamos con los estudiantes en la función de profesores en nuestras aulas universitarias.

## **Introducción**

Los efectos de los procesos de modernización han provocado cambios positivos y negativos en los diferentes lugares donde se han desarrollado. Si bien es cierto que la modernidad se enfoca en la activación de todos los medios de producción, y estos procesos cambian la forma de actuar de los seres humanos, que responden a un discurso de poder que influye a escala general. En este contexto, el ámbito social se vuelve el más vulnerable, porque es donde se perciben los efectos negativos, dadas las tendencias económicas de globalización; en contraste con esta tendencia aparece la preocupación por recuperar rasgos locales, resaltar las particularidades del lugar; es decir, resaltar los procesos que

enmarcan identidad, con una perspectiva sociocultural en medio de la ciudad moderna.

No se puede negar que la modernidad influye en las formas de planificar y construir la ciudad, pero en escenarios latinoamericanos, a más de los procesos de modernización, aparecen respuestas heterogéneas e hibridaciones (Arango, 2014), donde los asentamientos locales y sus lógicas tradicionales se mezclan con los procesos de modernización, lo que se reconoce como rasgos de modernidad propia o apropiada (García Canclini, N., 2001). En medio de un discurso de arquitectura moderna, que tiene la tendencia hacia la réplica de códigos como un lenguaje que se asume en los procesos de universalización de la modernidad, estos rasgos particulares dan inicio a la crítica, porque son fruto de las prácticas y dinámicas sociales que reflejan los comportamientos propios del lugar (Cárdenas, 2018), sin dejar de lado que la realidad que vive Latinoamérica es diferente de la europea, y las diferencias tecnológicas son las que marcan la mayor dificultad para cumplir los ideales de la modernidad, por ser zonas poco desarrolladas.

Frente a estas contradicciones de la racionalidad occidental, a las posturas que resaltan las particularidades e independencia de contextos locales se las considera respuestas alternativas, que promueven nuevas epistemologías, nuevos pensamientos (Mignolo, 2000). Esta revalorización está presente en lo político, económico y social, y coincide en una etapa histórica donde muchos países crearon nuevas constituciones. Por ejemplo, Bolivia, en 2007, promueve la revalorización de territorios originarios y la noción del ayllu, o comunidad, y, en Ecuador, desde 2008 se crea el “Plan del Buen Vivir”, que resalta rasgos locales, incluso en el idioma.

Al analizar las particularidades, uno de sus rasgos más importantes es la identidad. En los últimos años, el concepto de identidad ha reconstruido su significado. Desde la filosofía se plantea como una categoría que posibilita que el individuo tenga pertenencia en un lugar y, al mismo tiempo, que se distinga de otros individuos, por diferentes características o roles (Lacan,

1990). Desde la sociología, la identidad tiene un orden simbólico donde el individuo interioriza la imagen del exterior y la reproduce en su vida cotidiana. A esto se suman las transformaciones del mundo y la pérdida de anclajes sociales con la identidad, que se debe a la tendencia individualista como rasgo de la modernidad (Bauman, 2000).

Esta evolución conceptual se debe a las transformaciones del mundo y del individuo, que cambia su fenotipo, su psiquismo, sus necesidades, la concepción del orden social que implican la construcción de necesidades colectivas, y la identidad (Tamayo y Wildner, 2005), lo que lleva a reconocer las características con las cuales se manifiesta la identidad, que van de la mano con las respuestas de la globalización (Han, 2020).

Uno de los escenarios propicios para analizar las prácticas cotidianas del habitar es la vivienda, que también refleja cambios en los rasgos identitarios que se han producido con los procesos de modernización. Incluso la forma de producir la vivienda tiene que ver con la forma de habitar, sobre todo en los procesos de apropiación y adaptación, lo que Ángela Giglia (2007) llama “establecer presencia con respecto a un entorno espacial”. Habitar es relacionarse con el mundo, es un proceso de interpretación continuo, de modificación, de simbolización, porque al transformar un espacio con una intervención humana se está realizando una intervención cultural.

La mayoría de los escenarios latinoamericanos es informal, y estos rasgos se pueden asociar como parte de la identidad local, por ejemplo, en las viviendas autoproducidas ubicadas en asentamientos periféricos, que por sus comportamientos e ideologías pueden darse a manera de resistencia. Así aparece el concepto de informalidad urbana dentro de la producción social del hábitat (Flores, 2016), y es una modalidad que expresa la forma de hacer ciudad y sociedad, de acuerdo con las prácticas individuales, familiares o comunitarias, como expresiones que tienen sus propios usos y costumbres, que en general son actos invisibilizados por minorías (Turner J., 1977).

El habitar se refleja dentro de la vivienda, y generalmente el análisis de la vivienda parte de los aspectos técnicos y económicos, y muy pocas veces se considera los aspectos social y cultural; es decir, aspectos cualitativos que se relacionan con las necesidades espaciales de los usuarios, y la relación directa que tiene la vivienda con el contexto, al igual que la integración con las dinámicas de la ciudad donde se desenvuelven y fortalecen las relaciones sociales. Y más aún, dentro de la informalidad en el ejercicio de autoproducción como parte del derecho a la vivienda, al hábitat y a la ciudad; estas prácticas se reconocen como autogestión fruto de la organización social de sus usuarios, como un hecho colectivo que implica las disputas cotidianas contra los sectores de poder económico y político.

El análisis de la vivienda propuesto en esta investigación incluye un enfoque interdisciplinar contrario a la visión simplista, porque la vivienda es parte del habitar cotidiano del individuo, es un pedazo de la realidad, y sus componentes no son separables, no pueden atenderse como temas aislados. Al hacerse referencia a la vivienda autoproducida como fruto de la propia identidad del usuario, se considera un instrumento cultural que aporta la cognición social, y esa información puede servir de base para integrar las propuestas arquitectónicas de vivienda contemporánea, incluso de las que genera el mercado inmobiliario.

## CAPÍTULO 1

# LA VIVIENDA EN RELACIÓN CON EL HABITAR

## Habitar la vivienda

Uno de los objetivos de la arquitectura es diseñar espacios o habitaciones que satisfagan la necesidad del individuo de habitar lugares, pero lugares con límites donde se plasmen los hábitos, y así el individuo es quien pone de manifiesto las relaciones con los objetos y con otros individuos, mediante un contraste de objetivismo y subjetivismo. El concepto de habitar expresa los vínculos de las estructuras sociales, donde interactúan las prácticas individuales y colectivas, que se reflejan en patrones reiterativos en los comportamientos del individuo a lo largo de la historia (Bourdieu P., 2000), como una bisagra entre lo colectivo y lo individual que incluye rasgos identitarios, por el hecho de permanencia de las personas en el tiempo; por tanto, a la identidad se la considera “determinación” y “variabilidad”.

Habitar significa *estar, estar ahí, perdurar, demorarse*; implica también el hecho de hacer propio un lugar (Sepúlveda R., 1991); por ello, el hecho de habitar la vivienda incluye tres procesos: construir, ser y proyectar. El primer proceso, construir, se refiere a la vivienda como un hecho cultural para establecer la identidad en un lugar; por ejemplo, aplicar técnicas de construcción tradicionales, que se transmiten de generación en generación y dependen de los materiales del lugar. Estas técnicas son las que forman la ciudad informal; en este aspecto el arquitecto como técnico tiene la labor de capacitar a los habitantes, y se pueden combinar las técnicas locales con las industriales.

El segundo proceso de habitar tiene relación con el ser, y la necesidad del individuo de diferenciarse de los demás: al habitar la vivienda se incluyen rasgos particulares que la definen o

identifican como un objeto único e irrepetible. En la actualidad estos cambios responden a modificación del espacio según las necesidades, con flexibilidad en los diseños, lo que Zigmung Bauman (2000) define como vivienda líquida, por los constantes cambios de la sociedad actual, que demanda elementos adaptables, móviles, pues ya no se busca nada rígido ni fijo.

Por último, el proceso de proyectar se refiere a la imagen de la vivienda con vistas al futuro, donde influyen los recuerdos, los ideales, y la forma de organizar el espacio, y donde la vivienda cambia con el tiempo. En este sentido, a los espacios se los puede categorizar en dos grupos: los de uso común, que son la imagen colectiva de la comunidad, con actividades de reunión, diálogo, juego, y, por otro lado, los espacios privados, donde el individuo cubre sus necesidades personales. En este punto, arquitectos y arquitectas, urbanistas, ingenieros e ingenieras, que son la parte técnica, aportan como mediadores y orientadores.

Existen otros factores que intervienen dentro de las formas de habitar, como los recursos económicos disponibles, la cultura, la ideología, la localización y el paisaje. Por ejemplo, la discusión alrededor del acceso al suelo no solo refleja las limitaciones de los individuos en el aspecto económico; también demuestran limitaciones en las estructuras sociales, como la desigualdad y las formas de consumo, en este caso de la vivienda, que puede entenderse como un producto que puede construirse de varias formas según el habitar de las familias.

La misma forma de escoger una vivienda se genera de acuerdo con conductas y patrones que repiten los individuos al elegirla, por localización o por motivos como su ingreso o salario, el lugar de trabajo, las rutinas de la familia, el tamaño de la vivienda o su distribución, la accesibilidad, los equipamientos cercanos, etc. Esto quiere decir que el habitar está estrechamente relacionado con el proceso de selección de la vivienda, porque no solo explica el comportamiento de los individuos (Pacione, 2001), sino también sus aspiraciones, que son parte de la estructura mental que depende del campo social al cual pertenece el individuo.

El habitar se transforma en un punto de apoyo para explicar las transformaciones de la identidad según su evolución en el tiempo, y permite concebir cómo se comportan las culturas actuales, sus significados, los comportamientos de los individuos a nivel grupal o individual y el comportamiento en la cotidianidad (Durkheim, 1988). Para entender los cambios del mundo moderno y sus características dinámicas desde una perspectiva social es necesario apoyarse en la Teoría de las Representaciones Sociales, donde se explica cómo, conforme pasa el tiempo el mundo, es cada vez más cambiante y socialmente más activo, y son los elementos externos los que influyen en la forma de actuar de los individuos que se adhieren de forma coercitiva, según el medio en el cual se desenvuelven.

El origen de la Teoría de Representaciones Sociales lo desarrolla Moscovici a mediados del siglo xx (Durkheim, 1988), mediante un estudio histórico de las sociedades tradicionales y su evolución, donde se toma en cuenta la construcción de conocimiento común, las nociones de vocabulario, las nociones de lo cotidiano, rasgos provenientes de la memoria comunitaria y la memoria cultural desde el siglo xix. Además, se establece que la conciencia colectiva no es lo mismo que la conciencia individual: lo colectivo es el resultado de objetos comunes que rodean a los individuos en una sociedad; ahí se encuentran las concepciones religiosas, los mitos y las creencias; entonces, el lenguaje simbólico es el responsable de articular las relaciones del individuo con la sociedad.

Bourdieu (1987) agrega que la estructura social tiene dos partes: por un lado está lo que da sentido al mundo de los individuos, como el lenguaje, los mitos, el sistema simbólico, la conciencia y la voluntad de los individuos; por otro lado, los elementos que constituyen el habitar, con las percepciones, los pensamientos y las acciones que rigen en los campos sociales y cuya acción opera bajo estructuras preexistentes. Tanto las estructuras sociales como las mentales son interiorizadas por el individuo dentro del habitar, según sus necesidades, el entorno social existente, las tensiones externas y la forma de vida que lleve. Durkheim (1988) y Bourdieu (1987) coinciden en la determinación del desarrollo de los

comportamientos, y resaltan la existencia de estereotipos y que las conductas son la traducción del pensamiento.

El habitar es la forma como interioriza el mundo cada individuo, es un proceso personal, porque cada individuo tiene la libertad de elegir el campo al cual quiere pertenecer, y a la vez es un proceso colectivo, porque a través de la historia se van construyendo ciertas características de los grupos sociales que les dan el sentido de pertenencia hacia el lugar (Bourdieu P., 1987), y donde se incorporan elementos culturales que se reflejan en la familia, en la escuela y en todo lugar donde ocurren intercambios sociales; incluso el individuo está acostumbrado a percibir el mundo con diferencias de poder como algo natural en la sociedad, que se mantiene y respeta de forma tácita.

Dentro del habitar se internaliza el pensamiento de acuerdo con las prácticas y la percepción, donde se generan categorías de apreciación y diferenciación; es decir, lo apropiado y lo inapropiado, lo bueno y lo malo. Estas categorías que expresan semejanzas entre los individuos, llamados atributos de pertenencia social, implican la identificación de un individuo con elementos del colectivo, como asociaciones o círculos sociales (Larrain, 2000). También existen categorías que diferencian al individuo del grupo, llamados atributos particularizantes, debido a sus comportamientos o tendencias: el estilo de vida que hace referencia a las preferencias personales de consumo, el conjunto de objetos entrañables donde el individuo genera un apego afectivo a objetos materiales que posee, y, por último, los atributos por las relaciones íntimas, que se pueden entender como el círculo de personas más cercanas al individuo.

**Ilustración 1.** Diagrama de las representaciones sociales para entender los postulados de Durkheim y Bourdieu

## REPRESENTACIONES SOCIALES

Entender las relaciones colectivas y los cambios del mundo



**HABITUS** Formas de HABITAR el espacio  
Como se interioriza procesos sociales

Fuente: Diagrama de las representaciones sociales Echeverría, M., 2021. Elaboración propia

Dentro de la arquitectura, el habitar se adapta a la forma y la función de la casa o edificio; con la influencia de la modernidad, se da más importancia a la calidad funcional por su utilitarismo, que fue parte del discurso funcionalista para la escala de la casa y la ciudad, cuyas actividades son reducidas a las preestablecidas o se toman en cuenta modelos predeterminados de las actividades del ser humano, pero el habitar no es homogéneo. En cuanto a lo formal, a través del habitar se resaltan rasgos estéticos que configuran decoraciones con marcas de personalidad de un grupo específico, resultado de la herencia de cada lugar; incluso pueden ser rasgos étnicos.

El que existan diferentes culturas se deriva de que existen diferentes formas de habitar, pero también esta diversidad dentro de la sociedad refleja la variedad de condiciones, por lo que es contradictorio que se homogenice, o se estandarice, un tipo de vivienda y su funcionalidad. El habitar no es únicamente tener alojamiento: comprende la experiencia vital del ser humano asociada a las prácticas sociales y culturales, y su relación con el medio ambiente o lugar (Norberg-Schultz, 1975). De igual forma, habitar una ciudad construida es intervenir en procesos culturales

establecidos donde el individuo agrega su propia identidad en el proceso de apropiación (Giglia, 2007). Este hecho implica un proceso intercultural que da como resultado hibridaciones de espacios de acuerdo con las relaciones de los habitantes.

La propiedad no es lo fundamental para el habitar, más bien su condición de abrigo, de cuidado, de satisfacción de necesidades, pero sobre todo el desarrollo de la cotidianidad donde interactúa el hombre con los espacios y objetos, así deja huellas al decorar cada habitación. Esto se da porque el hábitat incluye dos aspectos; por un lado, surgen hechos físicos del individuo y sus objetos, y por otro lado la relación que tiene el individuo con estos objetos, donde aparece la subjetividad, porque intervienen otros elementos como espacio-tiempo, a lo que se suma la relación con el contexto y el medio ambiente. En el caso de la vivienda, que es el objeto de estudio de esta investigación, es el lugar de protección y abrigo por excelencia, que incluye recuerdos de la infancia, sueños, fantasías, el lugar donde se plasman las añoranzas, y sus espacios pueden ser grandes o pequeños, según las necesidades y percepciones del individuo.

Para el individuo cada objeto tiene un significado en particular, incluso la forma de acomodarlos depende de la aprobación que da para el ingreso o no a cada recinto o círculo de la intimidad (Ekambi, 1974). En el interior de la vivienda, que se considera el espacio familiar, los objetos son los elementos con los cuales se personaliza el hábitat, y a su vez funcionan de filtros de acceso a cada círculo de intimidad, a este fenómeno Bachelard (2000) lo reconoce como el antropomorfismo de la vivienda.

Generalmente se percibe la vivienda como un objeto, como un volumen cerrado con límites superior, inferior y laterales. Esto marca una división entre el interior y el exterior. En el interior de la vivienda también existe una espacialidad, y no es un volumen completamente cerrado, ya que tiene puertas y ventanas que permiten tener contacto con el exterior y se plantean múltiples usos y formas de relación entre estos dos espacios (Rapoport, 1978).

Esta concepción de la vivienda como objeto cerrado crea un código de protección física y subjetiva que es la de permanencia en un lugar, y es la base de la construcción de los esquemas mentales. Estos sirven para entender significados de hechos culturales, porque cada hábitat refleja esas pautas culturales de las diferentes formas de vida, incluso para definir los círculos de intimidad de la vivienda, al existir relaciones emocionales (Rapoport, 1978). Al aparecer las relaciones afectivas aparecen los elementos subjetivos. Dentro de estos esquemas mentales, un componente fundamental es la capacidad de soñar o la capacidad de expresar lo que se desea de la vivienda, que se reconoce como modelos imaginarios de los individuos con los cuales desarrollan lazos afectivos hacia los objetos y al ambiente.

Las relaciones subjetivas o emocionales son elementos que permiten la construcción de la memoria del lugar, que incluye el aspecto temporal, porque cada lugar tiene una relación indisoluble con el pasado y el futuro. Dentro del análisis que plantea Piaget (1961) existen dos ejes coordinados para analizar el lugar; por un lado, el “eje de la existencia” dónde se encuentran la memoria, el aquí y ahora y el deseo, y, por otro lado, el “eje de la comprensión”, con la razón al afecto. La característica que se refiere al “aquí y ahora” es la que aparece cuando se vuelve un lugar humanizado, es la que agrega una historia, sueños y análisis de un espacio físico concreto.

Estos dos ejes se plantean por separado para su análisis, porque es la mejor forma de detallar la observación de la conducta social, ya que analizar el habitar es algo complejo y se necesitan términos que expliquen de forma sencilla la realidad, que se presenta compleja porque contiene múltiples hechos simultáneos. En la actualidad existen varios paradigmas que nos permiten fragmentar el conocimiento, pero en el escenario de análisis se necesita ver el todo completo (Barrios, 1995).

Para entender el habitar se analizan las prácticas cotidianas, pues los individuos toman decisiones voluntarias y otras condicionadas, que dependen de aspectos sociales y culturales (Connolly, 2009). Dentro de lo cultural se encuentran símbolos y

conceptos, y también se encuentran el lenguaje y todas las prácticas de un colectivo. A esto se suman elementos subjetivos que se relacionan con gustos y preferencias, los que, a pesar de no pertenecer a las construcciones sociales, sí forman parte de la forma de vida y las características estilísticas de la condición de clase.

## **Patrones que habitan la vivienda**

Otro eje de análisis es el tiempo, importante en el proceso de interiorización del habitar, porque determina la posición en el espacio social donde está implícita la cultura que influye de forma independiente de la conciencia del individuo. La temporalidad indica dos variables: por un lado, la histórica; por otro, una temporalidad inmediata que se refleja en la cotidianidad.

Lo cotidiano es todo lo que constituye nuestra vida diaria, y raramente se analiza. En algunas ocasiones se lo define como algo rutinario que se replica día tras día y que transforma nuestra realidad permanente. Agnes Heller (1987) explica la vida cotidiana como un conjunto de actividades que caracterizan la reproducción del hombre y, por lo tanto, la reproducción social, mediante la cual el hombre se apropia de habilidades y conocimientos para poder moverse por el mundo. Dentro de lo cotidiano se encuentra la rutina, que, como indica la palabra, es una ruta que se vive día a día, cumpliendo un ciclo que comienza desde cero, y al ser una rotación constante se vuelve insignificante, poco evidente o trivial; ahí la necesidad de las interrupciones y la importancia de los acontecimientos sorpresa, que eliminan los rasgos de aburrimiento y angustia de la vida del ser humano.

En toda sociedad existe vida cotidiana, que depende del conjunto de situaciones y prácticas que contienen simbolización, ritos y ceremonias existentes dentro del colectivo. La visión helleriana explica que la cotidianidad tiene doble proceso: por un lado, la construcción de la subjetividad; por otro, la identidad social (Heller, 1987). Es decir, la construcción del propio yo que está

ligada a la individualidad, y en cuanto a la identidad social se refiere a los modos de responder y actuar del individuo ante instituciones dominantes. Así aparecen las dos dimensiones de la cotidianidad: lo particular y la especificidad, que se reflejan en todas las actividades que el individuo realiza como sujeto y como miembro de la sociedad. A ello se incluyen variables externas, como factores socioeconómicos, políticos y culturales que nos permiten entender la vida cotidiana como un espacio de mediación.

El enfoque *psicológico* explica que, dentro de la vida cotidiana, surgen interacciones simbólicas subjetivas que adquieren significado en una realidad independiente de la acción (Berger y Luckmann, 1968). Por eso cada individuo experimenta la realidad de forma diferente, según su cultura, nivel socioeconómico, edad o género. Así, se puede determinar que la vida cotidiana es todo aquello que comparte un grupo, es cómo se vive, es las características de los habitantes de un lugar, los rasgos similares dentro de la convivencia que implican la adhesión a un sistema de valores y comportamientos.

Desde el punto de vista *sociológico*, Lefebvre (1968) plantea que lo cotidiano constituye la base de la realidad social, es donde el hombre produce y se reproduce, es una forma de contestación pública; por ende, lo cotidiano es una pantalla que refleja lo bueno y lo malo de la sociedad, como las luchas sociales, o la forma en que se producen los espacios; es decir, el poder y las debilidades. El ser humano tiende a cotidianizar; la invención de lo cotidiano es el gesto más característico del individuo. Michel de Certeau describe la vida cotidiana resaltando el campo cultural, porque, a pesar del hecho de que todos cotidianicen, el contenido y la estructura de la vida cotidiana será diferente según las características de las personas y la sociedad a que pertenecen (Certeau, 1996). Además, se reconoce una heterogeneidad dentro de la sociedad, no solo por rasgos locales, también por diferencias históricas, o incluso por tiempos diversos.

La vida moderna se abre paso en medio de la realidad histórica de cada lugar, se centra en la simplificación, el orden, y tiene como

base la producción de mercancías y la reproducción de la fuerza de trabajo. Por otro lado, dentro de la sociedad aparecen interrupciones en el tiempo como resistencias a esta forma de vida propia de los rituales de la religión. En el siglo XVII la vida cotidiana vivía un desencanto por la influencia del capitalismo y lo que conlleva “ser moderno”. Como se explicó anteriormente, la modernidad tuvo respuestas heterogéneas en cada lugar, y en Latinoamérica aparece una alternativa que no sigue el proceso de secularización, sino un orden estético.

En la vida cotidiana coexisten estas dos modalidades: por un lado, se cumplen las condiciones o códigos del lugar; por otro, se cumple con la práctica rutinaria que exige el sistema capitalista para la acumulación de capital. Es una combinación de dos temporalidades que se las reconoce como el tiempo de “ruptura” (tiempo improductivo), y el tiempo de “rutina” (tiempo productivo).

Para ser más específicos, el tiempo de ruptura es una interrupción de la rutina, da lugar a lo imaginario; es donde sobresale la identidad de la vida social (Echeverría, 1998). Dentro de la complejidad de la vida cotidiana, la ruptura puede relacionarse con el juego, la fiesta y el arte, como rasgos característicos del mundo humano que representan actividades culturales, donde existe un alejamiento de la norma o la regularidad. Es la combinación de los elementos objetivos y subjetivos; aparecen el caos, el azar, la contraposición, lo aleatorio, incluso la presencia de lo sagrado, que es una dimensión de lo imaginario.

Como se comentó antes, las formas de habitar no solo dependen de materiales o aspectos físicos, sino también incluyen aspectos subjetivos como el factor cultural; estos elementos subjetivos, que son parte de la cotidianidad de los individuos, se manifiestan en costumbres, tradiciones, creencias, valores, necesidades y aspiraciones (Rapoport, 1972). Dentro del habitar se tejen relaciones de afectividad, solidaridad, autoridad y conflictos, que se mezclan con las manifestaciones socioculturales que dan sentido de pertenencia mediante la domesticación del espacio. La

vivienda, por ser uno de los escenarios principales de la vida cotidiana, es un espacio de análisis que nos permite comprender las formas de actuar en el diario vivir.

Dentro del espacio doméstico se generan actividades cíclicas como comer, dormir y el aseo personal. Estas prácticas diarias se evidencian como actos simbólicos que permanecen o cambian. Al analizar la cotidianidad de una familia se pueden entender sus tradiciones, soportes culturales e historia (Pezeau-Massabuau, 1983), y la forma como el individuo reacciona con distanciamiento o alejamiento respecto de otros individuos, según la jerarquía que se asigne a las diferentes áreas y al sentido de intimidad, privacidad y colectividad.

La propuesta de análisis de esta investigación, centrarse en la vida cotidiana del individuo, resalta el valor cualitativo en lo social, y además destaca que el individuo forma parte de un colectivo, que habita en un tiempo-espacio determinado, en medio de condiciones sociales, económicas, y culturales que pueden ser la pauta de las dimensiones espaciales y antropométricas para responder a necesidades vitales. También es importante resaltar la heterogeneidad de los comportamientos que varían de una cultura a otra, de un tiempo histórico a otro, incluso de un sujeto a otro.

Dentro del análisis de la cotidianidad están presentes rasgos de identidad, el propio habitar el espacio y, su construcción y reconstrucción, que es un reflejo de la propia identidad de los individuos. Es en el ámbito cotidiano donde se lleva a cabo la mayor parte de la existencia del individuo; es la zona de práctica donde se desenvuelven las rutinas, los hábitos y los rituales (Gimenez G., 2000). A partir de las prácticas cotidianas se construye un marco cognitivo y normativo para organizar y orientar las actividades ordinarias, así los individuos entienden los significados de situaciones concretas.

La vivienda se refleja en un espacio interior ordenado y jerarquizado, donde simbólicamente se realizan actividades cotidianas de lo privado, pero este espacio tiene que conectarse con lo público; es decir, con el exterior. Este diálogo se llama de “significación compartida”, y contiene actos comunicativos donde

están códigos comunes a escala social, de acuerdo con un determinado contexto cultural (Muntañola, 1973). Sin las experiencias comunes los códigos no se validan; el hecho de responder a lo que significa vivienda es porque culturalmente se entiende como tal, y su análisis es mediante los patrones de uso, también conocidos como patrones de comportamiento, que dependen de las rutinas de los individuos.

Un patrón de comportamiento consiste en que el individuo tiene ciertas reacciones a determinadas situaciones y tiende a realizar repeticiones de comportamientos de otras personas en formas de pensar, sentir y reaccionar físicamente; pero también son las reacciones propias del individuo para satisfacer sus necesidades y deseos. Es así que cada individuo cuenta con de patrones de comportamiento que le permiten su desarrollo, y estos son reacciones personales que se dan de forma diferente en cada individuo. Los patrones son de uso cotidiano y se repiten en cada espacio; es decir, son acontecimientos que se analizan mediante relatos o vivencias de los usuarios y acentúan el sentido de pertenencia hacia un lugar (Alexander C., 1981). De forma que cada relato resalta cualidades y repetición de ciertas cualidades, hace que algunos lugares sean más importantes que otros.

Los componentes de los patrones de comportamiento son los pensamientos o creencias, las emociones y los sentimientos, las conductas y los comportamientos, y también las reacciones corporales (Alexander, Angel e Ishikawa, 1980). Todos estos elementos pueden manifestarse de forma constructiva o destructiva, según como se den las reacciones con los demás. Si, por ejemplo, el patrón es de tensión, ello afecta al individuo por la carga de estrés, contrarios a los patrones constructivos que le dan al individuo paz y tranquilidad.

El arquitecto Christofer Alexander (1980) establece un sistema para identificar estos comportamientos, los categoriza según la relación que tienen los individuos con los espacios, y asegura que son los individuos que habitan los espacios quienes dan vida a los edificios y ciudades. De tal manera se pueden identificar nuevas cualidades, establecer tamaños y formas que dependen de

variables como el número de individuos que habitan cada espacio, o el tiempo que permanecen en él.

Los patrones también reflejan acontecimientos y movimientos de los individuos, que se deben responder con espacios adecuados. Por ejemplo, los individuos, dentro de sus actividades cotidianas, pueden tener la necesidad de un espacio común, de transición intermedio entre habitaciones, que a su vez puede ser lúdico para niños, o para realizar otras actividades; entonces este espacio puede traducirse como un patio. Pero los patrones pueden cambiar con el tiempo, por lo cual los espacios también varían.

Entonces los patrones se definen de acuerdo con la frecuencia de uso: al hablar de la vivienda, existen espacios en su interior que son más utilizados que otros, todo depende de la rutina y las cualidades físicas del lugar. Algunos espacios pueden considerarse simplemente zonas de tránsito, mientras que otros son para estancias más largas. Al depender de la relación entre usuarios y espacios de acuerdo con su forma de vivir, tanto individual como colectiva, se pueden analizar los patrones para identificar si los espacios tienen problemas, o si existe la ausencia de un espacio que soporte una actividad. Así el análisis de patrones de comportamiento resulta una herramienta muy útil en el momento de diseñar una vivienda.

El libro “lenguaje de patrones”, de Alexander (1980), propone alrededor de 253 patrones para definir la ciudad y la comunidad, los cuales sirven de apoyo para la planificación, el diseño y la construcción, como piezas de rompecabezas donde interviene la diversidad de individuos. La intención es que estos patrones sirvan como base para adaptar políticas regionales y marcar límites, además de proponer estructuras para la definición de ciudades en su crecimiento, el trazado de sus carreteras, la relación entre actividades de trabajo y familiares, ubicación de instituciones públicas y para responder de forma adecuada a comunidades donde se encontrarán rasgos identitarios que van a generar dinámicas vecinales o fronterizas.

En la escala barrial, los patrones estimulan la formación de comunidades en grupos de casas, con conexiones que se dan hacia

zonas públicas, y para que a su vez cada casa pueda satisfacer sus propias necesidades. Y en patrones individuales para edificios se puede analizar desde su configuración, altura, funcionamiento, hasta el lenguaje de cada lugar y cómo cada espacio se conecta, e incluye detalles de los individuos en su interior. Al ser 253 patrones, la intención es que se puedan combinar, y según la interpretación de cada individuo se pueden tener múltiples respuestas: mientras más conexiones se realicen, más riqueza tendrán los resultados.

El análisis de patrones reconoce la diversidad y la dispersión de la población, y las denomina como un mosaico de subculturas (Alexander, Angel e Ishikawa, 1980). En una ciudad pueden existir tres formas de distribución de la población. La primera es la ciudad heterogénea, donde sobresale la mezcla, pero reduce todos los estilos de vida a un común denominador, que se vuelve estilos de vida monótono. El siguiente caso es la ciudad integrada por guetos, en los cuales, por sus condiciones de raza o estatus económico, los individuos se ven forzados a vivir dentro de asentamientos sin mucha diferenciación entre sus estilos de vida, y se los aísla debido a la intolerancia que muestra el resto de la sociedad. Por último, la ciudad construida por varias subculturas que ocupan lugares identificables y tienen límites bien marcados, donde cada individuo elige el modo de vida que quiere desarrollar y puede experimentar modos diferentes; dentro de estos asentamientos se propician el apoyo, la ayuda, los valores compartidos, y es posible el desarrollo individual.

El estilo de vida moderno resalta el individualismo, invade las percepciones de los individuos y guía hacia una vida capitalista, donde el ser humano debe sobrevivir a la economía con comportamientos hacia la exigencia de la productividad. Esta imagen de vida moderna es difundida por los medios que promueven la imagen del hombre moderno triunfante ante un sistema capitalista; así aparece la imagen de triunfadores y perdedores, y el ideal de los individuos es imitar esas características y comportamientos, para quedar bien con los demás, para no tener enfrentamientos. Es decir, que los individuos

acogen un modo de hacer las cosas, por hacerlas, no porque creen que está bien (Alexander, Angel y Ishikawa, 1980).

La tendencia homogénea de la ciudad se refleja también con la construcción de viviendas en serie, que ofertan conjuntos idénticos y contiguos siguiendo los cánones de la arquitectura moderna. Los patrones de comportamiento en una escala de vivienda son el resultado de los comportamientos de las estructuras familiares; desde un punto de vista de homogenización, existe un estereotipo de familia conformada por papá, mamá e hijos; para esta familia el mercado oferta viviendas de dos, tres o, como máximo, cuatro dormitorios, y se tiende a segregar a los hogares que muestran estructuras diferentes.

La necesidad natural de asociarse se da a lo largo de toda la vida del individuo. Desde pequeño se relaciona con su familia y sus amigos, los adolescentes se llevan entre muchachos jóvenes, los adultos necesitan de los vecinos, incluso los individuos que viven solos se apoyan en familias que luego se forman comunidades o colectivos de familias numerosas o extensas. Este hecho de mezcla estimula la heterogeneidad, el equilibrio y el compartir, de modo que haya coexistencia de varios tipos de hogares, desde personas solas hasta parejas, familias y hogares colectivos (Hendricks y MacNair, 1969). Estos tipos de estructuras requieren tipos de viviendas diversas donde se promueva el contacto vecinal.

Entre las estructuras familiares pueden existir familias nucleares y familias extensas, pero no siempre se debe tomar como ejemplo la familia nuclear. Si bien las estructuras de las familias tradicionales eran extensas, porque albergaban por lo menos tres generaciones, y se conformaban por padres, hijos, tíos, primos, abuelos, que habitan una vivienda, en la actualidad la realidad es diferente, muchos individuos se movilizan para poder trabajar, casarse o estudiar, y la tendencia es vivir en unidades habitacionales con familias más pequeñas, pero no exactamente familias nucleares.

Las relaciones de la familia nuclear son muy limitadas, porque la unión entre los miembros de la familia es estrecha, todos se vuelven dependientes, y no se recurre a otros familiares, como

tíos, abuelos o hermanos; cualquier problema se vuelca en el núcleo familiar y aparece la sensación de que no hay redes de apoyo (Slater, 1970). Según los patrones de Alexander, lo ideal es que al menos una docena de personas rodee a la familia, y si no existen personas con lazos de sangre pueden complementarse con amigos, vecinos o conocidos, que pueden convertirse en familias colectivas o voluntarias, pero lo importante es que se mantenga equilibrio entre la privacidad y la comunidad.

Todas las familias deben contar con un ambiente íntimo y privado, que es parte de la necesidad territorial. Por ello, cada núcleo familiar busca tener su hogar independiente en casas, habitaciones, pisos separados, porque la falta de privacidad también puede ser un problema. A la vez, debe existir un espacio en común, donde se realicen actividades en conjunto, como alimentarse, cocinar, jugar, discutir, cuidar a los niños, con lugares para conversar y descansar de jornadas laborales.

En conclusión, cada uno de los patrones explicados puede darse en espacios grandes o pequeños, pero la forma como se determina el entorno construido para determinados comportamientos, según Hall (1963) se da de acuerdo con dos factores: la forma como el individuo usa el espacio y la forma como se desarrolla la interacción social. Este análisis es parte del término de proxémica que Hall utiliza para explicar la manera como el individuo organiza inconscientemente el espacio donde realiza sus actividades diarias, pero mantiene una distancia y respeto por los demás con que comparte esta vida social.

El siguiente paso es la interacción hacia las otras escalas territoriales, donde la interacción cotidiana es con los vecinos, los trayectos y horarios de encuentros, que pueden dar conocimiento de quiénes son habitantes de barrio, quiénes son intrusos, tomando en cuenta que en el barrio no se puede limitar la entrada, y en estos espacios se incluye a los residentes de otros barrios que, por diferentes circunstancias transitan, o porque son conocidos de los propios habitantes y se reúnen en un punto en común. Aquí es donde interviene la proxémica, para que defina en los códigos los espacios y sus dimensiones aproximadas.

## CAPÍTULO 2

# HABITAR LA VIVIENDA CONTEMPORÁNEA AUTOPRODUCIDA

## La modernidad en el habitar

La existencia simultánea de diferentes grupos de individuos con características y comportamientos diferentes se entiende como la coexistencia de modernidades. Este término puede utilizarse en algunos casos como mediador ante los conflictos de la sociedad que pueden suscitarse con la lucha de clases, o simplemente es un término que reconoce que cada clase social tiene particularidades y estas responden de forma diferente a la influencia de la modernidad. Para García Canclini (2001), estas particularidades o diferencias aparecen en la ciudad como fragmentos heterogéneos.

La existencia de la hegemonía de la episteme occidental no se lo puede negar, pero es necesario reflexionar sobre Latinoamérica, que tiene un pensamiento diferente a la modernidad global, ya que articula la noción de identidad. Este debate abre posibilidades de estudio de realidades diferentes y poco exploradas que niegan el universalismo, lo que Santos llama “línea abismal”, refiriéndose a la negativa sobre las experiencias y manifestaciones no-occidentales, las cuales siempre son minimizadas o se consideran “desechos culturales” (Santos, 2003).

Para Santos, es necesario recrear un modelo de pensar y actuar de acuerdo con la “ecología de saberes”, que reconozca la pluralidad de conocimientos heterogéneos y las dinámicas de las interconexiones, y que elimine los estereotipos del sur. La intención es aceptar las diferencias y los múltiples fragmentos que posteriormente Santos (2006) llamará “ecología de saberes”, que acoge las ideas de “transmodernidad” de Dussel y, dentro del campo de la arquitectura y el urbanismo, implica articular con otras disciplinas además de incluir el pensamiento y los saberes de

muchos autores, como estrategia para la producción del conocimiento que resalte lo tradicional y lo local.

La modernidad tiene una respuesta específica en la arquitectura. Renato de Fusco (1983) identifica tres fuentes teóricas que anteceden a la arquitectura moderna: en primer lugar se logra describir y clasificar elementos compositivos que se realizaron en el siglo XVII, que dan como resultado algunos métodos y preceptos; en segundo lugar la persistencia histórica de la tríada vitruviana “firmitas, utilitas, venustas”, que estimula la reflexión sobre “la función”, y en tercer lugar se trata el postulado “la forma sigue a la función” de Jean Baptiste Lamarck, cuyos libros son difundidos desde el siglo XIX.

La difusión de la arquitectura moderna desde los años 30 tiene dos orientaciones: la primera está centrada en la presentación de los principios que rigen la nueva arquitectura en el campo de la técnica, y principalmente el concepto de función, y la segunda aborda los aspectos formales hacia la concepción de un nuevo “estilo”, que es la visión que más ampliamente se divulga y logra captar la atención de los arquitectos en muchos países del mundo (Cárdenas, 1999), y es la vía por la cual la arquitectura moderna llega a los demás países, como los latinoamericanos, pero que en su mayoría adoptan únicamente los aspectos formales, y se omiten contenidos originales o los valores sociales y técnicos.

A partir de este momento aparece un conjunto de movimientos que buscan la renovación de la arquitectura con nuevas bases que puedan superar los errores del racionalismo; en sus inicios esta tendencia tiene un fuerte carácter social, con la intención de resolver los problemas de la vivienda de las ciudades europeas, pero las clases dominantes convierten estas intenciones en una forma de aumentar sus ganancias. García Canclini (2001) habla de una modernidad latinoamericana, promoviendo una actitud territorialista que ha vivido un proceso de “transculturación”; de igual manera, el arquitecto urbanista Alberto Magnaghi (2011) explica que este proceso de modernización en Latinoamérica provoca nuevas formas de poblamiento según las lógicas tradicionales del lugar, lo que da como resultado la hibridez.

En Latinoamérica es donde más resalta la heterogeneidad; aunque la intención de la influencia de la modernidad se puede considerar como una ramificación o prolongación europea o norteamericana, aparece la preocupación hacia lo regional o local que resalte características identitarias, que parte de la crítica a la arquitectura moderna, a pesar de ser considerada Latinoamérica como una región tercermundista.

En 1950 se difunden pocas obras de América Latina, las mismas que se demoraron muchos años más en aparecer dentro de las historiografías a escala mundial. Este catálogo de obras que permiten dar a conocer al mundo la existencia de una línea diferente de la arquitectura moderna cambia las ideas de arquitectura, y posteriormente, en los años 70, se plantea una revisión crítica de la arquitectura a escala mundial que acepta la complejidad y la heterogeneidad (Maluenda, 2016).

El rechazo a Latinoamérica más bien se convierte en una preocupación para llenar los vacíos, tanto de su historia como de los diferentes postulados propuestos; así aparece el trabajo de Arango (2014), quien hace una comparación entre las dos realidades, por un lado el discurso de modernidad hegemónico desde Europa y Norteamérica, y por otro lado la realidad que vive Latinoamérica y la reacción de la arquitectura en este contexto con respuestas autóctonas.

El contexto de Latinoamérica a finales del siglo XIX demuestra un dominio económico, el mercado se basa en la exportación de minerales y productos agrícolas básicos, mientras que desde Europa se importan productos elaborados (Arango, 2014); esta condición conlleva un dominio cultural que, en el campo de la arquitectura, se expresa mediante la imitación de ejemplos extranjeros que prolongan los procesos de colonización. Parte de las ideas de la modernización son aplicadas por la burguesía criolla, que trata de imitar formas de vida europea (Kingman E., 2006), pero las marcadas diferencias sociales incitan a retomar temas como la identidad, así surgen los movimientos que luchan por la independencia de repúblicas latinoamericanas.

A partir de este momento se establece una forma particular de habitar la ciudad y de construir que responde a la expansión de la arquitectura moderna que parte del modelo europeo ya consolidado, para luego expandirse por el mundo como un neoestilo, o también llamado Estilo Internacional, que presenta características específicas de forma y función; incluso este nuevo modo de arquitectura plantea el uso de materiales que no responden a las necesidades ambientales, más bien se identifican con la tecnología de la industrialización, en algunos casos ajenos a los entornos locales. La arquitectura tiende a generar modelos susceptibles de ser repetidos (Montaner J., 1999), de ahí la responsabilidad de la sociedad en desarrollar una defensa particular de empoderamiento, que muchas veces es mal entendido al imitar ciertos modelos de los países desarrollados, lo cual puede causar conflictos o rupturas.

El politólogo Lechner (2012), al hablar de arquitectura moderna, identifica dos momentos: el del auge y el de la crisis, y explica que cualquier tendencia también puede generar un desencanto o una pérdida de visión de la realidad. Se puede considerar, entonces, que la modernidad pierde el carácter de holística y se reduce a una sola dimensión que sería la tecnológica, cuando Le Corbusier formula la teoría de la “máquina para habitar” y deja implícito cómo hacer la arquitectura.

Así, aparece una primera etapa donde hace relevancia a la arquitectura con una base disciplinar que apunta a la desterritorialización, pero presenta inconvenientes por la escasa tecnología, entonces el lenguaje a imitar es simplemente estilístico, porque es una repetición de los modelos de edificios de otras ciudades sin tomar en cuenta las condiciones geográficas, climáticas ni culturales. Luego aparece una segunda etapa, donde surge una apropiación del discurso moderno, al adaptar sobre todo las condiciones tecnológicas y culturales locales; estos cambios se desarrollan generalmente en las ciudades. Si bien el edificio muestra una composición espacial moderna, las cualidades de los materiales y la construcción son artesanales; este es un proceso de hibridación de la arquitectura moderna.

Las ideas de modernidad aparecen en el Ecuador en la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX, pero no como resultado de un proceso de industrialización, como en Europa, sino como un proceso de imitación de formas de actuar y vivir, reflejo de la incipiente vinculación del país con el mercado internacional como proveedor de materias primas y consumidor de productos manufacturados. Se adoptan estilos de vida y comportamientos universales en las clases altas y medias de la sociedad, pero con el pasar del tiempo se involucra mayor cantidad de población, debido a la intensidad de la difusión de mensajes culturales y la presión hacia Latinoamérica para que se modernice (Kingman, Salman y Dan, 2003).

A inicios del siglo XX los países latinoamericanos andinos no contaban con tecnología suficiente para acoger los procesos de modernización; con respecto a las dinámicas mercantiles que se daban en los países desarrollados, la población predominante era rural, y los mecanismos de socialización se daban en relación con lo local con mucha influencia religiosa que se reconoce como barroca, justamente por esa importancia de dispositivos locales populares (Terán, 1992). Pero ya desde el siglo XX se comienza a dar una diferenciación entre lo moderno y lo no moderno, entre lo urbanizado y lo no urbanizado, y las formas culturales comienzan a tener procesos de cambios y destrucción en su interior.

Según Kingman (2006), el proceso de modernización del Ecuador arranca alrededor de 1870, con el inicio de la exportación de materias primas, principalmente de cacao, concentrado en la costa, junto con el reforzamiento del comercio y la banca. La Revolución Liberal de 1895 impulsa este proceso, al provocar la consolidación del Estado nacional, con un conjunto de reformas que arrebatan a la Iglesia el control de muchas actividades, e incorpora procesos de secularización para dar lugar a un Estado laico (Ayala-Mora, 2008).

Los procesos de industrialización con cambios en la estructura social, y el desarrollo de las ciudades se dieron alrededor de los años 30 en Latinoamérica, pero en Ecuador este proceso arranca en los años 60, con la modificación de las estructuras agrarias, que

produce un proceso migratorio hacia las ciudades, y comienza a verse una imagen moderna de la ciudad, con sistemas de transporte y comunicaciones, desarrollo de mercados internos e inicios de la expansión territorial de las urbes (Carpio, 1987). Esto desemboca en una enorme expansión urbana, miseria, desempleo y la aparición de grandes áreas de vivienda en pésimas condiciones, los conocidos “barrios miseria”, característicos de las ciudades modernas.

El fenómeno de crecimiento y expansión de las ciudades es la característica de la modernidad, y viene de la mano de cambios en las dinámicas, tanto sociales como económicas, pero Quito, una ciudad de los Andes, tiene el peso de un sistema de hacienda que no logra expresar la cultura de hegemonía aristocrática europea mediante su arquitectura; más bien la influencia de la modernidad pone en evidencia las diferencias sociales y étnicas que se presentaron en la época (Kingman E., 2006). Se puede asumir que existe una modernidad de las élites, que no es la misma modernidad de los sectores populares; es decir, aparecen rasgos particulares según los diferentes flujos de personas, según las diferentes estructuras sociales, o según diferentes desplazamientos. Estas contradicciones sociales se entienden a través del análisis de la idiosincrasia de la gente de y las relaciones que se dan en la sociedad.

Además, Quito, por ser la capital del país, contiene diversidad de etnias y fuertes manifestaciones culturales, y es una ciudad andina con carácter barroco. Las ciudades andinas son el resultado de estrategias coloniales de control y administración del territorio hacia los indígenas; por ello hay preocupación por la organización de los mercados, sobre todo agrícolas, los oficios y la mano de obra. Así, en Quito se desarrolla la idea de progreso, pero sin cambios en las formas de producción, más bien hay la tendencia a ligar dos mundos separados: el campo y la ciudad (Kingman E., 2006). Dicha separación hace énfasis en un orden simbólico, donde la ciudad representa la civilización, la simetría, el orden, mientras que el campo es el mundo de la barbarie, el caos y la dispersión.

Las características que vuelven moderno a Quito se dan al percibir una ciudad centralina, que promueve el intercambio de bienes, servicios y mano de obra, lo opuesto a las pequeñas ciudades de provincias, que se encontraban lejanas o en los arrabales. Esta diferencia socioespacial se deriva de un criterio de higiene traducido como “ornato” (Kingman E., 2006); es decir, tener prestigio y confort, a diferencia de la vida rural. A principios del siglo xx, el ornato se convierte en el pretexto para someter a la población al orden capitalista, y es una forma de crear el “discurso de la modernidad”. Por este fenómeno, muchos habitantes abandonan el centro histórico por ser un lugar contaminado, pero lo siguen considerando un lugar simbólico.

A pesar de que la ciudad presenta ciertos rasgos de mejoramiento, como el ferrocarril, la sociedad indígena no se encontraba en un momento premoderno para adaptarse a los cambios que se vinieron, pues era una población analfabeta que vivió procesos coloniales y poscoloniales, lo que demuestra que siempre existió una distinción entre clases, en este caso los ciudadanos blancos, o la élite, que no eran señores de ciudad sino señores dueños de haciendas, y los mestizos e indígenas, quienes, además, presentan una subdivisión: los indígenas esclavos y los campesinos que son parte de los sectores populares vinculados al agro (Maiguashca, 1989).

En el campo de la Arquitectura, Del Pino (2009) explica que la transición a la modernidad de Quito fue un proceso complejo con dos caminos bien definidos: por un lado, la marcha hacia el desarrollo, la innovación, y el cumplimiento de ideales de la población liberal; por otro lado, el mantener una imagen del orden ecléctico y neoclásico en sus fachadas, que muestran una valoración hacia el pasado colonial con decoraciones barrocas en el interior. En 1922 la celebración del aniversario de la Batalla de Pichincha fue el pretexto para inaugurar varias obras de arquitectura pública, bancaria y comercial, como la nueva imagen de Quito moderno, con aire de progreso capitalista. Formalmente se identifica un predominio de fachadas y plantas simétricas, con

medidas y proporciones modulares, y a su vez existe un mejoramiento en los servicios, como agua, electricidad y teléfono.

En 1930 se presentan interesantes fusiones entre ornamentos art decó y códigos historicistas, en un ambiente arquitectónico en el cual predominan obras de estilo neoclásico ecléctico, con elementos neogóticos, árabes, bizantinos y neorrománticos (Benavides, 1995). Los ejemplos significativos fueron construidos en su mayoría por arquitectos europeos: el mercado de Santa Clara, el Banco Central del Ecuador, el Círculo Militar, la Vicepresidencia de la República y el edificio Diario el Comercio.

La transición hacia la arquitectura funcionalista significa el mejoramiento de condiciones de confort e higiene: muchos edificios tienen la incorporación del baño, con tina, lavabo, inodoro, bidet, tanque de agua caliente y gabinete donde se guardan implementos de uso personal (Del Pino *et alt.*, 2009). Este hecho también cambia las políticas de salud pública, pues se impulsa la construcción de baños y lavanderías públicos, que atienden a las casas que no cuentan con estos servicios; incluso se cambia el esquema funcional de la casa y aparecen uno o varios patios interiores.

En 1940 aparecen edificios en altura en las calles más importantes de la ciudad, como el edificio para el banco La Previsora, que es el primer rascacielos pretencioso; además, el crecimiento de la ciudad coincide con la creación de la fábrica de cemento nacional, que permite responder a la necesidad de vivienda por las empresas con programas sociales como la Caja de Pensiones, la Caja del Seguro Social y las inmobiliarias privadas. Existe el aporte de algunos arquitectos extranjeros, como los checoslovacos Carlos Khon y Otto Glass, el italiano Giovanni Rota y el austríaco Oscar Etwanick, portadores de la experiencia racionalista de Europa, pero que se adaptaron al entorno mediante el uso de ladrillo, madera y piedra y el rescate de algunos elementos de la arquitectura vernácula, como el techo de teja (Del Pino I., 2004).

Alrededor de 1942 llegan los inmigrantes uruguayos Guillermo Jones Odriozola y Gilberto Gatto Sobral, quienes son responsables

de la creación del Plan Regulador de Quito, bajo principios racionalistas de zonificación, además de la creación de la Escuela de Arquitectura, en 1946, y de numerosas obras racionalistas, como el bloque administrativo de la Universidad Central, la biblioteca, el teatro, la facultad de Jurisprudencia, la facultad de Economía, y la residencia universitaria; por el tamaño de la Universidad, que cubre aproximadamente 32 hectáreas, se la considera un hito urbano que es el remate norte del Plan Regulador.

La década de bonanza económica de los años 50 constituye una época de influencia de las escuelas europeas y norteamericanas; arquitectos que retornan al país, como Sixto Durán Ballén y Jaime Dávalos, y los primeros graduados de la Escuela de Arquitectura, dinamizan el mercado inmobiliario, y se construyen varios edificios gubernamentales, como el aeropuerto de la ciudad, el hotel Quito y el edificio de la Caja del Seguro. Estos edificios son en hormigón armado en altura, como réplicas minimizadas de los rascacielos norteamericanos, con un bloque vertical de oficinas sobre un bloque bajo horizontal dedicado a otros usos, y son los primeros gestos del “muro cortina” a los que también se les añade el uso de quiebra soles horizontales.

Cabe recalcar que la modernidad influye no solo en los modelos de planificación de la ciudad, sino también en la arquitectura, al auspiciar la imitación cultural en la ebullición del capitalismo, sin tomar en cuenta la producción y las experiencias locales; la arquitectura resulta un instrumento de dominación al aplicar la racionalidad, pero sin una reflexión propia del lugar. En Quito en esta época aparecen construcciones con rasgos arquitectónicos particulares, como volúmenes cúbicos sin decoración, en mimesis con la arquitectura moderna extranjera, una arquitectura que responde a elementos como el diseño industrial y el automóvil, y al esquema de que “la arquitectura para ser buena debe ser funcional”, principios comprometidos con el taylorismo industrial y totalmente contrarios al arte; estos cambios son reflejo de las formas de vida de la burguesía (Cueva, 1967).

Estas nuevas tipologías vienen acompañadas con un crecimiento acelerado de la ciudad, que se da hacia las periferias, como respuesta al boom petrolero que provoca migraciones del campo a la ciudad. Así aparece el plan de Jones Odriozola, que plantea la generación de centralidades que cambian el modelo de crecimiento de la ciudad hacia un sistema policéntrico, que proyecta la ciudad hacia el norte, urbanizando suelos agrícolas, y se crean centros urbanos estratégicos con funciones específicas; de forma inmediata se densifica el centro de la ciudad, y al sur se promueve la venta de lotes para futuros programas de vivienda para satisfacer a estratos económicos más bajos de la población (Carrión y Erazo, 2012).

Hacia mediados de esta década se suman nuevas promociones de la Facultad de Arquitectura: el llamado “grupo Seis”, conformado por Christian Córdova, Juan Espinosa, Fernando Garcés, Fernando Jaramillo, Rubén Moreira, Rodrigo Samaniego y Mario Solís, que constituyen el primer esfuerzo en la búsqueda de una identidad propia, a partir de la crítica de modelos formales que no se adecuan a las condiciones ambientales, como la losa plana y la cubierta sin aleros, además de que se basan en estudios de la arquitectura popular de Quito. Su trabajo se basa en una permanente discusión en forma de taller, que da como resultado un conjunto de obras residenciales que se adaptan a condiciones climáticas y del lugar, con uso de materiales locales, y búsqueda de efectos de la luz. Las volumetrías sustituyen las superficies lisas por texturas locales como piedra, ladrillo, madera y hormigón, en un intento de reinterpretación de la arquitectura vernácula (Moreira y Alvarez, 2004).

En la década de los 70, con los inicios de la exportación del petróleo y el incremento de la capacidad de inversión del Estado, se da un enorme crecimiento de la ciudad junto al aumento de las migraciones del campo. El sector de la construcción se ve especialmente estimulado, y se realizan varios edificios institucionales en la ciudad, todos a tono con el estilo internacional y cierto afán de monumentalidad. La arquitectura residencial de este período se mantiene ligada a los principios de

la modernidad y los dictados del mercado inmobiliario, con unas pocas excepciones de adaptación de la arquitectura vernácula (Del Pino I., 2004).

El último periodo es el de 1970 a 1990, cuando se consolida el proceso de modernización de la ciudad. Quito crece aproximadamente el 50% con actividades industriales, comerciales y administrativas. En este periodo son los años 80 los que resaltan, al definir no solo las centralidades de la ciudad en norte, centro y sur, sino también los niveles sociales que se asentaron en cada una de ellas. Pero aparece un nuevo fenómeno, que es la expansión de la ciudad con las zonas de vivienda que se ubican estratégicamente cerca de zonas verdes, lo que luego se reconoce como asentamientos en los valles, con urbanizaciones cerradas para los sectores de clase media y alta; pero no hay una respuesta hacia programas de vivienda social, ni para migrantes, a pesar del incremento de la migración del campo a la ciudad.

La crisis de los años 80 y 90 da lugar a la aparición de nuevas formas de organización empresarial en el campo de la construcción, lo que a su vez genera una arquitectura más centrada en la rentabilidad que apuesta por la mimesis de las corrientes internacionales, estilo internacional y posmodernismo, sin mayores aportes en la búsqueda de una identidad propia. El crecimiento de la población está vinculado a la gestión del uso y la valoración del suelo (Tupiza, 2001), Quito, a partir de 1997, se divide en zonas de acuerdo con condiciones económicas, donde es más fácil identificarlas y planificar su infraestructura y servicios.

En esta época el gobierno atiende a la problemática de vivienda con propuestas de interés social, con la construcción de una vivienda modular de 35 m<sup>2</sup> (Ordóñez y Serrano, 1973). La tendencia era realizar urbanizaciones conformadas por hileras de viviendas que tenían mucha similitud con los modelos de vivienda colectiva para la clase obrera europea.

Cuando cambian las políticas habitacionales en los años 90, el Estado también cambia su papel de ejecutor de proyectos por el de prestamista y articulador de intervenciones, con programas de vivienda que salen desde la empresa privada; así aparece en 1998

el Sistema de Incentivos para vivienda (SIV). Estos programas tienen poca acogida, por la baja capacidad adquisitiva de la población, y por los obstáculos para obtener un crédito. Con la llegada de gobiernos progresistas en el Ecuador aparecen alternativas de planificación territorial, cuya propuesta es reafirmar la responsabilidad por parte del Estado y centralizar la administración (Carrión, 2015). La parte negativa de esta iniciativa es que no se toma en cuenta las diferentes escalas de intervención, como la organización de barrios y comunidades, y la respuesta del gobierno se dedica a generar proyectos de vivienda masiva, pero con bajos estándares habitacionales, bajos estándares de construcción, y repitiendo un mismo prototipo.

Con el cambio de Constitución en el Ecuador en el año 2008, se agrega como eje fundamental la atención de “vivienda digna y adecuada”, para atender los problemas de vivienda y asegurar el acceso al hábitat. Esto lleva a que se abran otras formas de esquemas de adquisición de vivienda, como es el crédito hipotecario desde el BIESS (Banco del Instituto de Seguridad Social), que, siendo una institución pública, apoya la liquidez del sistema bancario privado. Según el siguiente gráfico se puede ver el incremento de créditos hipotecarios, cuyo 43% es atendido por parte del BIESS, el 39% por bancos privados, el 11% por mutualistas, el 7% por cooperativas, y el 0.1% por sociedades financieras (MIDUVI, 2015).

En el 2010 hay un incremento en la venta de tierras informales, por lo que, mediante decreto ejecutivo, se prohíben las ocupaciones ilegales, acto que va en contra de las invasiones causadas o promovidas por los traficantes de tierra, que se aprovechan de las necesidades de los grupos vulnerables que se apropian y comercializan de forma ilegal los suelos; este hecho genera un obstáculo en el acceso de vivienda digna, y se abre un abanico de irregularidades, como la regulación del costo del suelo y la tramitología para legalizar vivienda informal. Es importante aclarar que la ubicación de viviendas informales no solo se da en las periferias de la ciudad, por ser zonas precarias, vulnerables o en situación de riesgo; también se puede percibir en zonas

regulares que no muestran condiciones de precariedad, son asentamientos sin planificación, códigos o normas urbanísticas de la ciudad.

## **Habitar la vivienda contemporánea**

En las últimas décadas se han producido verdaderas revoluciones: productivas, tecnológicas, y sociales, que implican la revisión del concepto de “vivienda”; ha cambiado el pensamiento filosófico relativo a la construcción de la vivienda y sus habitantes, al igual que las normativas creadas en respuesta a estos cambios, porque los parámetros ya se encontraban obsoletos y respondían a un sistema de vida tradicional (Montaner J., 2006). Históricamente, el concepto de vivienda ha cambiado, para los romanos la “casa” o “domus” se refiere a los enseres y moradores, mientras que “aedes” o “edificio” era la edificación (Walter, 1994).

Con la influencia de la modernidad aparecen fenómenos como la explosión demográfica, que incrementa la necesidad de vivienda; por otro lado la conciencia moral, con el sentido de solidaridad implícito por la época, ya que después de la revolución industrial están presentes los anhelos de “equidad y oportunidad para todos” (Sepúlveda O., 1991). Por lo tanto, el término vivienda, con los procesos de modernización, depende de las condiciones de vida de la población, pues todos deben tener acceso a ella; es un término imperativo, pero de carácter moral que se difunde por el mundo y aparece “el derecho que tiene el ser humano a la vivienda como una necesidad básica” (Perez de Cuellar, 1987).

Lo que no se especifica es el tipo de vivienda, por lo que entra en debate lo que significa una vivienda adecuada y cuáles son las condiciones mínimas. De esta manera se ve cómo un cambio conceptual puede derivarse en obstáculos a respuestas habitacionales, lo cual no solo es un tema físico; es evidente que la vivienda es un elemento que abarca a la familia en todos sus niveles económicos, sociales, políticos, ambientales, y se debe buscar una respuesta equitativa.

Dentro de la vivienda se realizan las tareas reproductivas, para el desarrollo natural, físico, social; a la vez, la vivienda constituye la base de las tareas productivas (Montaner y Muxi, 2010). Al hablar de tareas reproductivas se hace referencia a las de nutrición, higiene, descanso, trabajo, que pueden ser individuales o grupales; en su mayoría se realizan en el interior de la vivienda, pero también pueden nutrirse del exterior, así aparecen espacios intermedios donde se practica la socialización a diferentes escalas, de acuerdo con la integración de las personas y sus tareas.

Las tareas reproductivas tienen como característica no ser remuneradas, se asignan tradicionalmente al sexo femenino, y en muchos casos son tareas que se vuelven invisibles o consideradas menores. Por otro lado están las tareas productivas, que son los trabajos remunerados, generalmente realizados fuera de la vivienda, en entornos públicos (Muxi, 2005), aunque en la actualidad este supuesto también ha cambiado, y con las tecnologías de la información y la comunicación las actividades productivas han ingresado a la vivienda.

A través de la cotidianidad se une la vivienda con otros espacios externos, como el barrio y la ciudad; la vivienda siempre está vinculada con el espacio público, porque la misma rutina demuestra que las actividades de los individuos se desenvuelven en varios espacios, como si fueran una red compleja de espacios de socialización y de usos, donde se mezclan el mundo productivo y el reproductivo; es decir, existe un vínculo incluso con los equipamientos y los servicios que desembocan en criterios de urbanismo y planificación (Montaner J., 2008). Por lo tanto, la intervención de la ciudad debe comenzar por la intervención de la vivienda, sus actividades, sus funciones, su relación con las estructuras urbanas, sin olvidar el aspecto tecnológico para la concepción espacial.

Para analizar la vivienda se debe tomar en cuenta varios elementos físicos, sociales, del entorno ambiental, políticos, tecnológicos, los tipos de vivienda, y los comercios, las características del espacio público; a ello se suma el aspecto social, estrechamente relacionado con los individuos, sus características,

sus actividades económicas, sus tasas de ocupación y nivel económico, el grado de cohesión y actividad social, además de la presencia de asociaciones, y los tipos de convivencia (Montaner J., 2006). Es decir, la vivienda contemporánea ya no puede estar determinada por espacios con funciones específicas o con nombres únicos como sala, comedor, cocina, dormitorio, baño. La vivienda está compuesta por espacios que no necesitan ser predeterminados o condicionados por su superficie, ni por la accesibilidad, la distribución o el uso.

La vivienda se define por ámbitos especializados, los que necesitan infraestructura o instalaciones específicas; no especializados que son los compartidos que pueden incluir tareas ligadas, y complementarios, que funcionan asociados a otros espacios de acuerdo con las características que les den sus habitantes (Montaner y Muxi, 2010). También existen espacios exteriores, los cuales se dividen en dos tipos: los relacionados con los espacios especializados, y los espacios exteriores privados que tienen relación con los ámbitos no especializados; en muchos casos estos espacios se generan como espacios comunitarios, el problema es que por no estar completamente definidos pueden considerarse elementos innecesarios. Sin embargo, son más versátiles, funcionan como nexo entre lo público y lo privado; por ejemplo una terraza o una galería.

**Ilustración.** Diagrama de los espacios de la vivienda según el análisis de Montaner y Muxi



**Fuente:** Echeverría M., 2021, Diagrama de los espacios de la vivienda según los autores Montaner y Muxi en su texto Reflexiones para proyectar viviendas del siglo XXI. Elaboración propia.

Dentro de los espacios se desarrollan actividades que dan lugar a relaciones espaciales, las cuales Muxi y Montaner (2010) categorizan de la siguiente forma: en primera instancia están las relaciones inmediatas, necesarias para la correcta realización de actividades; luego las relaciones de proximidad o contigüidad, y por último las relaciones posibles o menos necesarias.

La satisfacción de necesidades responde a la forma de habitar, a la adaptabilidad tanto del individuo como de su grupo familiar; por ello se hace un análisis de cada miembro de la familia, y también de las dinámicas e interacciones colectivas, a lo que se suma la relación con el espacio y los objetos (Sepúlveda R., 1991), sin dejar de lado que el individuo tiene la necesidad de construir su hábitat propio; por ello la vivienda incluye un proceso de construcción, por lo que Rapoport (1972) afirma que la casa es “la construcción vernacular más típica”, por los procesos de diseño y construcción que están ligados a las tradiciones y a las profesiones implicadas.

La satisfacción de necesidades forma parte de la construcción sociocultural. Desde el punto de vista económico neoliberal se justifica que las necesidades son construidas por cada población y esto se refleja en el grado de empobrecimiento. Pero existen dos

corrientes que definen el tema de “necesidad”; por un lado, la corriente liberal, que define la “necesidad humana” y la relaciona con las posibilidades de cada persona y su familia; es decir, las opciones individuales que se tiene para adquirir en el mercado (Breilh, 2000); entonces, la necesidad es el objetivo y la satisfacción es un reflejo, todo esto desde el enfoque positivista que desconoce elementos subjetivos, aunque estos hayan sido contruidos históricamente.

Por otro lado está la corriente solidaria, que define la necesidad “como un proceso” que constituye un derecho humano al que pueden acceder todos los miembros de la sociedad de forma equitativa, y puede construirse para un bien común; aquí aparece la postura de la “teoría relativista”, desde la fenomenología, según la cual la necesidad construida tiene relación con una necesidad concreta, y entonces se entiende como una necesidad básica (Breilh, 2000).

En resumen, la vivienda es un objeto que incluye un valor social, es un objeto que satisface las necesidades básicas del individuo, tiene inmerso un proceso de construcción que responde a un sistema de elementos complejos que se relacionan entre sí, de acuerdo con el estilo o las formas de vida que la habitan. Para profundizar en el fundamento teórico que defina la vivienda actual se debe responder desde la interdisciplinariedad, donde la vivienda es atendida desde muchos aspectos, como el ámbito social, el ambiental-ecológico y el aspecto económico. Esta multiplicidad de enfoques permite una visión más clara de la realidad de la problemática habitacional.

Este enfoque responde a una realidad diferente a la que se veía en el siglo XIX, cuando la teoría de sistemas abrió la posibilidad de subdividir el todo en partes para explicar la relación entre elementos según sus características, y donde se buscaba condiciones homogéneas para analizar el conjunto de elementos (Penrose, 2006). A mediados del siglo XX, este paradigma va cambiando, al demostrarse que dentro de los conjuntos existen otras relaciones dependientes o independientes, por lo cual las relaciones del mundo también cambian.

Desde la década de los 50 se utiliza el enfoque de sistemas, que se refiere a una asociación de elementos los cuales están articulados; esta visión sistémica se aplica en estudios urbanos o sociológicos que incluyen el trabajo interdisciplinario (Sepúlveda R., 1991). Así, analizar un “sistema social”, como pueden ser una familia o un vecindario, requiere una conceptualización del espacio que refleje una realidad; es decir, un análisis de tiempo y espacio de las prácticas sociales y las comunicaciones que ocurren. Este análisis también necesita de la conceptualización del “lugar”; por lo tanto, se establece un marco teórico referencial que se aplica a la forma del habitar social.

Dentro de este enfoque de sistemas se puede incluir la vivienda, donde está inmerso un proceso sistémico, dinámico, con diversidad de respuestas y con elementos complementarios, lo que Rapoport (1972) *denomina sistema aplicado a lo espacial*, porque implica examinar al ambiente completo; es decir, al conjunto de elementos que se relacionan entre sí. El término vivienda puede referirse a una casa o a la unidad que acoge a la familia, al igual que un terreno o una infraestructura con servicios. Lo importante es entender que la vivienda es un sistema abierto capaz de acoger múltiples elementos o variables, que están en constante modificación, a los que se suman los aspectos subjetivos, que son rasgos de las formas de vida (Sepúlveda R., 1991).

## **Habitar la vivienda autoproducida**

Una vez entendido el concepto de vivienda, se puede abordar la problemática sobre el acceso a la vivienda en la actualidad, principalmente en Latinoamérica, cuyas ciudades tienen rasgos diferentes; no se puede generalizar un modelo, pero lo que tienen en común las ciudades es la crisis y la necesidad de vivienda, por ello aparece el urbanismo especulativo, que da lugar a la ciudad informal, que también se debe a las políticas urbanas que generan segregación, polarización, apropiación de cualquier tipo de suelo por parte de sus habitantes, incluso fuera de los límites urbanos, al

igual que destrucción de relaciones colectivas, imposición de modelos urbanos, entre otros (Carrion *et al.*, 1992).

La ciudad presenta dos escenarios contrarios por diferencias culturales y sociales, la formalidad y la informalidad, las que, a su vez, son escenarios que se complementan. La formalidad es una respuesta donde se jerarquiza el conocimiento disciplinar, los recursos y los servicios que llevan al arquitecto a tener procesos de diseño, planificación y construcción de un bien en servicio del capital, se opta por procesos de estandarización o tipificación y se cumplen códigos; desde esta perspectiva se dejan de lado aspectos socioculturales y el usuario resulta ser un individuo anónimo.

En cambio, en la informalidad, por involucrar a los usuarios, aparece la experiencia, el intercambio entre los individuos y su entorno, la colaboración que se trasmite de forma social y cultural, aparecen relaciones de cooperación, y son los mismos usuarios quienes dan respuesta a sus propias necesidades, sin existir un patrón o norma (Romero y Mesias, 2004). También se debe resaltar que existe diferencia entre cómo se planifican o diseñan las ciudades y cómo habitan los individuos estos espacios; esto demuestra que la participación del usuario puede dar información acertada para la arquitectura y la planificación de la ciudad (Salingaros, 2018).

La informalidad aparece en lugares con altos índices de pobreza, generalmente en zonas rurales, y donde existan dificultades para acceder a bienes y servicios. Esto incluye ciudades grandes, pequeñas e intermedias, pero en cada lugar se tienen respuestas particulares, porque dependen de antecedentes, momentos históricos, localización y tamaño.

La ciudad informal existe desde el inicio de las ciudades, cuando aparecen las primeras estructuras, y cambian según sus necesidades (Alexander, Angel e Ishikawa, 1980). El término informalidad viene desde una visión económica, donde existe un sistema regulador, y lo que se sale del margen del sistema legal se reconoce como ilegal; de allí se reconoce el concepto de “economía informal”, donde la generación de ingresos no puede ser regulado por un entorno legal o social, lo que provoca que existan procesos

lícitos e ilícitos en el mercado, en los procesos de producción y en los productos finales. Estos procesos también pueden darse en el trabajo por cuenta propia, en comparación con el trabajo remunerado de la economía formal (Portes y Haller, 2004).

También puede darse la informalidad urbana donde aparece un mercado de compra y venta ilegal de suelo y vivienda, pero, por la existencia de un mercado legal, siempre se exigen, con posterioridad a la adquisición de bienes, procesos de legalización de títulos de propiedad, y es una de las realidades de los países en desarrollo, porque se vuelve un problema muy complejo (Fernandes, 2007). Desde un punto de vista capitalista, se fomenta la legalización para poder ingresar a un sistema de financiamiento, a un sistema formal que reconoce lo legal; según este punto de vista, para eliminar la pobreza el camino es tener procesos de legalización, pero la mayoría de los procesos de legalización de asentamientos no aplica programas de modernización ni tampoco estudios socioeconómicos para que se pueda realizar una integración socioespacial, y la legalización solo genera tranquilidad y seguridad individuales.

La informalidad urbana involucra la separación de sectores, e incluso aparecen características arquitectónicas que permiten identificar cada lugar; así aparecen barrios ordenados y barrios caóticos. Es decir, se asocia cada barrio según estereotipos: a los barrios informales, por ser sectores espontáneos o irregulares, se los asocia con las periferias y la precariedad, como si fueran amenazas a otros sectores de élite de la ciudad (Jaramillo, 2012). A estos sectores los consideran peligrosos, pequeños, con problemas de habitabilidad, con diseños que no funcionan, sin infraestructura, servicios, equipamientos, áreas verdes, o con escasez de espacios públicos.

La vivienda autoproducida representa una resistencia a la marginalidad y a la exclusión que se les da por ser pertenecientes a grupos sociales con escasos recursos económicos, pero su forma de comportarse se entiende como una forma de superación económica y social. Mucho del desprestigio de este tipo de arquitectura se da por no seguir los modelos establecidos por la

arquitectura moderna o las tendencias internacionales, que son parte del discurso de la academia, que asocia el desorden a lo feo, a lo sucio o a lo pobre, al igual que el mercado inmobiliario, que promueve la demolición de este desorden para implantar edificios de mayor valor comercial.

Al analizar en profundidad estos barrios informales, la realidad es diferente, puesto que en su interior existen redes de apoyo, trabajo, lealtad, y la única actitud de marginación es desde las políticas públicas. Este error de estigmatización se realiza desde los años 70, según Perlman (2019), quien realiza estudios de favelas por más de 40 años. Al hacer el seguimiento de estos barrios encuentra que, según pasa el tiempo, en estos asentamientos mejoran las relaciones sociales; por ende, mejoran los servicios, la educación, y las redes comunitarias que se tejen son tan fuertes que se convierten en un refugio. En estos sectores, incluso, ya no es una opción la formalización, porque el control y el orden tienden a la homogenización, y esto significa pérdidas de la cualidad urbana, que se dan con la combinación de diversidad, densidad y proximidad.

A escala mundial, muchos de los proyectos de vivienda de bajo costo consideran únicamente los diseños y los planes arquitectónicos y dan importancia a lo estético y funcional, donde se cumplen las necesidades básicas de las personas, pero faltan las necesidades particulares y la integración con el resto de la sociedad (González, 2008). La vivienda se reconoce como un escenario para habitar determinado grupo social o un solo integrante; por lo tanto, dicho espacio no puede ser agresivo con las condiciones de vida, no puede limitar ni disminuir las capacidades humanas.

El siguiente sistema es la producción privada, con fines lucrativos, a través de empresas promotoras, inmobiliarias y constructoras que ofertan desde edificios hasta conjuntos habitacionales, según la demanda que exista en el mercado. Pero el déficit de vivienda es un fenómeno complejo que no solo requiere una respuesta de urbanización, como si fuera una relación de oferta y demanda, como un objeto del mercado; el

déficit se debe a un desajuste entre las necesidades socialmente definidas de la habitación y la producción de vivienda y de equipamientos residenciales (Castells, 1998). Además, dentro de las condiciones de producción de vivienda uno de sus insumos, que es el suelo urbano no es reproducible, es un bien finito, agotable, pero si es monopolizado, y cuando se necesita más extensión, se modifica incluso el uso del suelo rural, y así aparece el fenómeno de la especulación.

La especulación se da en todo tipo de suelo, pues se concibe el suelo como producto comercial, lo que Borja (2011) llama “ciudad negocio”, porque las dinámicas de la ciudad solo responden a los aspectos económicos y se desvinculan de las necesidades reales. En el estudio de la vivienda, este fenómeno se da con el sector inmobiliario, que mueve constantemente el mercado de viviendas financiadas. La variación del precio de la tierra, tanto urbana como rural, influye directamente en sobrepuestos que forman parte de la renta y del precio final de las viviendas (Topalov, 1979). Es importante resaltar que los objetos inmobiliarios, al ser entendidos como mercancías, poseen un valor de uso y un valor de cambio; el valor de cambio se da porque son producidos por capital, pero la particularidad de las mercancías inmobiliarias es que, al tener también un valor de uso, se incluye el valor del suelo, y este hecho las convierte en objetos inaccesibles a la mayoría de la población.

Por último, tenemos el sistema de producción social, que cubre las necesidades no atendidas por la producción pública o privada, sobre todo en sectores de bajos ingresos (Ortiz, 2007). La producción social del hábitat desarrolla la organización de los usuarios que se fortalecen en los mercados populares mediante comunidades barriales, que ponen en marcha procesos innovadores para poder adquirir o construir su vivienda. En Latinoamérica aproximadamente el 50% de las viviendas se produce al margen de los sistemas del mercado, o del sector privado, que incluye procesos para la creación de vivienda o espacios habitables bajo el control de la autoproducción, tanto individual como colectiva sin fines lucrativos, lo que demuestra

que la vivienda es un producto social y cultural, y no una mercancía o un objeto de intercambio.

Es así que la población de escasos recursos, como respuesta alternativa, opta por la informalidad donde se encuentra la autoproducción, como una respuesta creativa frente a la necesidad de protección y cobijo y al margen de la arquitectura propuesta por empresas inmobiliarias o la oferta del gobierno de vivienda social (Salas, 1991). Es importante aclarar la diferencia entre los términos autoproducción y autoconstrucción, por la diferencia de procesos inmersos que son parte del sistema de producción social de vivienda; así, el primer término se refiere a todos los procesos de producción de vivienda que están bajo el control y la gestión de los usuarios, con participación individual, colectiva, o comunitaria (Ortiz, 2007). La autoproducción abarca los procesos de planificación, producción y distribución, incluido el uso de la vivienda; es decir, sus procesos de apropiación.

**Ilustración 3.** proceso productivo de la vivienda



**Fuente:** Echeverría M, 2021, Procesos productivos de la vivienda, donde se diferencia las etapas que cumple la vivienda autoproducida. Elaboración propia.

En cambio, la autoconstrucción solo atiende el proceso práctico de edificar la vivienda por los propios usuarios. Estos procesos pueden darse de forma autogestora, cuando es el usuario el que lo realiza, o dirigida, cuando tiene el apoyo de un técnico asesor (Ortiz, 2007). Estudios de casos, tanto de Perlman (2019) como de Turner (1968) quien hace investigaciones en Lima en asentamientos con escasez de vivienda, coinciden en que no es lo físico lo que define la vivienda, sino que la vivienda es un proceso

que se va dando según la satisfacción de necesidades domésticas; por lo tanto, no es un objeto terminado, como se oferta en proyectos masivos estandarizados desde el mercado inmobiliario. Es necesario que la vivienda tenga un proceso de adaptabilidad del individuo y su familia, de acuerdo con sus necesidades y su forma de habitar, además del costo de vida implicado en la crianza y el cuidado de una familia.

Al proyectar una vivienda, muchas veces los arquitectos olvidan el significado original, producto de las visiones culturales de sus habitantes; por ello no se puede dejar en manos de técnicos la relevancia cultural, porque dichos técnicos son parte de otro mundo cultural y económico (Romero G., 1994). Entre los diferentes proyectos donde arquitectos han intervenido en la configuración del espacio para que sea habitable aparecen ejemplos, desde la posguerra, en pleno apogeo de la arquitectura moderna, donde las intervenciones a la ciudad a través de la planificación urbana fue aplicar modelos que estaban desligados de las costumbres y tradiciones de sus habitantes. Estas acciones se basan en principios teóricos incapaces de dar una respuesta particular a los individuos.

Pero también se han generado propuestas de vivienda en Latinoamérica mediante la autoproducción, en las cuales han intervenido arquitectos y se han obtenido respuestas favorables que reducen el déficit cualitativo. Se incluye al usuario como agente activo en la toma de decisiones, lo cual se entiende como una relación dialéctica entre el usuario y el técnico a través del diseño participativo; esta modalidad es reconocida dentro de la autoproducción, es un proceso dinámico que permite cambios constantes en el tiempo, y responde a los cambios de la vivienda conforme los usuarios lo requieren.

En el campo de la arquitectura, Víctor Pelli (2007) define la autoproducción como "...la inclusión de los habitantes en el proceso de producción de su propia solución habitacional"; es decir, en la construcción de la vivienda se considera un proceso espontáneo. La autoproducción como una alternativa de la informalidad representa una cara de la pobreza, pero a su vez

también se la considera solución constructiva reflejo de la práctica social y cultural, y no se puede invalidar estas respuestas, más bien considerarlas innovaciones de la vivienda.

Así se puede considerar como una verdadera respuesta a las necesidades de la vivienda aplicando procesos constructivos tradicionales que se mezclan con procesos de construcción y materiales propuestos por la arquitectura moderna que realiza modelos en serie, donde la mayoría de sus trabajadores son personas de escasos recursos que trabajan en el campo de la construcción, han aprendido de estas nuevas técnicas, y luego las ponen en práctica en sus propias viviendas, pero de forma artesanal (Wisensfeld, 1997).

Por ello la apariencia de la vivienda autoproducida no es homogénea, su forma refleja la disposición de los materiales y espacios según el uso que se destine a cada uno de ellos según las necesidades de la familia; esto contrasta con las casas diseñadas por arquitectos que preestablecen usos y funciones a cada espacio. Las fachadas de la vivienda autoproducida son imperfectas, lo que crea el prejuicio de pobreza, fealdad o desorden, sin tomar en cuenta que lo heterogéneo y la acumulación de objetos son parte de los rasgos culturales locales.

En cuanto a su interior, la vivienda autoproducida responde con espacios según las necesidades de la cotidianidad, algunos símbolos y expresiones típicas son la combinación de formas, colores, imágenes, estampas y objetos amontonados que se utilizan como decoración. Tanto la disposición de los objetos como la de los espacios responden a jerarquías; por ejemplo, la sala es el lugar central, con objetos decorativos con expresiones culturales de carácter colectivo; los dormitorios son de carácter individual, con fotografías familiares y alguna imagen de virgen o santo como símbolo de protección, y en algunos casos se incluyen flores de plástico junto a las fotografías (Barbero, 2005).

En resumen, la vivienda autoproducida implica la comprensión de componentes arquitectónicos y las formas de habitar según la época a que pertenecen; para entender mejor este tipo de vivienda es importante determinar sus características conceptuales y la

función que cumple. Por ejemplo, la vivienda autoproducida responde a la organización de la comunidad o la familia, donde está inmersa la relación dentro de lo público y lo privado; estos elementos de la cotidianidad se conjugan con elementos simbólicos que reflejan la relación entre el hombre y su contexto. Por lo tanto, su análisis es multidisciplinar y multidimensional, porque involucra muchos ámbitos.

## CAPÍTULO 3

# LA IDENTIDAD DE LA VIVIENDA CONTEMPORÁNEA AUTOPRODUCIDA DE QUITO

## La identidad en el habitar

Dentro de los rasgos del habitar se encuentra la identidad, y en la actualidad la identidad se ha vuelto un tema de análisis, por lo que se ha reconstruido su significado desde varias disciplinas: la filosofía la plantea como una categoría que posibilita que el individuo tenga pertenencia hacia un lugar y, al mismo tiempo, que se distinga de otros individuos, por diferentes características o diferentes funciones que dividen a los individuos en grupos, familias, comunidades o movimientos sociales. Desde el punto de vista sociológico, la identidad tiene un orden simbólico, cuando el sujeto asume la imagen del exterior y la imita interiorizando ese mensaje en “el pensamiento del yo”, que posteriormente lo reproducirá en la vida cotidiana; por ello la identidad depende del modo de vida, incluso de la cultura del individuo (Lacan, 1990).

Ese vínculo del concepto de identidad con la cultura se da porque a través de esta se entienden los modelos de comportamiento que parten de una concepción simbólica, una de las funciones que tiene la cultura es diferenciar un grupo social de otro, además que la identidad se asume a través de la apropiación de ciertos repertorios culturales del entorno social (Gimenez G., 2005). En este contexto, estudiar las identidades y la relación con las ciudades, solo es posible al vincular la identidad con la cotidianidad, la temporalidad y los conflictos sociales.

El acto de reconocerse y reconocer al otro está dado por el habitar; es decir, por las formas de vida donde se combinan la dimensión objetiva y la subjetiva que permiten el entendimiento

de comportamientos e iteraciones dentro de la construcción social (Bourdieu P., 2006), sin dejar de lado la relación con el espacio y el tiempo. Además, Bourdieu también explica que, para definir la identidad del individuo, es fundamental el estudio de percepciones y el reconocimiento que tiene de los demás, pues la identidad se construye en la práctica social con las representaciones sociales, donde los individuos demuestran una constante lucha por el poder. En tal sentido, Durkheim (1988) determina la identidad desde la diversidad donde se contemplan las diferencias, las minorías, desde la presencia del otro. Todo depende de la función que asume el individuo de manera impuesta o adquirida, respondiendo a un contexto que ya tiene definidos estereotipos.

Un concepto más moderno lo explica Grossberg (1996), al definir la identidad desde el discurso teórico y político, en el que despliega una subdivisión de tres características:

1. *Diferencia*: la identidad se construye partiendo de la existencia de otras identidades que permiten que el individuo se distinga de los otros; sin la otredad, la identidad no existe.
2. *Individualidad*: cada individuo tiene su propia subjetividad, que depende de los códigos culturales que existen en el entorno.
3. *Temporalidad*: la identidad va cambiando porque se construye con el tiempo, y según los cambios de época va adquiriendo características; por lo tanto, se entiende que tiene otros significados y manifestaciones a lo largo de la historia.

El contexto donde se desarrolla la identidad también es importante para su análisis, es la espacialidad o escenario de las expresiones culturales, que a su vez es el sostén de la memoria colectiva. Para los grupos sociales, el lugar determina el principio ordenador de quien lo habita y da sentido a la vida cotidiana; este espacio tiene límites simbólicos según el apego afectivo. Por eso habitar un lugar es poseer, producir y crear (Esquivel, 2005). En la identidad es importante el factor cultural, donde está implícito el proceso del mestizaje, como resultado de las relaciones

multiculturales, e incluye tolerancias, resistencias, tensiones y elementos que se generen en la convivencia.

Según el valor que se le dé a este espacio se determina la distancia y la orientación. La distancia depende de la disponibilidad; es decir, lo que se percibe cercano, y lo lejano se refiere a espacios que tienen restricciones sociales o políticas; estas medidas nada tienen que ver con distancias físicas, más bien son sensaciones subjetivas que forman parte de la espacialidad; es decir, la identidad utiliza referentes valorativos para el sentido de orientación.

Los factores del contexto que intervienen en la identidad están asociados con la forma de vida, la zona geográfica y los procesos que van cambiando en el tiempo; estos rasgos determinan la estructura social (Castells, 1998). Uno de esos rasgos puede ser la informalidad; en el caso de esta investigación, la informalidad de la vivienda. Como expresa Turner (1977), es una modalidad que resuelve no solo la forma de hacer ciudad, sino también la de hacer sociedad, que se refleja en las prácticas individuales, familiares o comunitarias, como expresiones que tienen sus propios usos y costumbres, que en general son actos invisibilizados por minorías.

La informalidad se asocia a la identidad y a contenidos ideológicos que pueden darse a manera de resistencia; la informalidad urbana es un término que se da a la producción social del hábitat propuesta por el arquitecto Enrique Flores (2016); en ellas se dan todos los procesos de ocupación del territorio en áreas urbanas o rurales, pero no se cumple con las condiciones legales establecidas para el uso, la construcción y la transformación del suelo. A ello que también se llama hábitat popular, porque interactúan dinámicas sociales, políticas, económicas y culturales.

En los años sesenta, desde la economía y la sociología, algunos académicos analizan el tema de las condiciones de vida, e incluyen conceptos como la marginalidad, la segregación y la informalidad. Estas consideraciones llevan a investigar diversos asentamientos en barrios consolidados, tugurios y áreas altamente densas para

determinar las escalas y estrategias de intervención que incluyan lo ambiental y lo social que se sumen a las respuestas técnicas. Rapoport (1972) asocia el medio físico y el social en un mismo lugar, porque la organización social afecta a todos los aspectos de la vida, y es mucho más compleja. También se debe incluir el aspecto religioso, el laboral, el político. Todos estos elementos construyen el “habitar”, y Morales (1969) los llama “establecimientos”, porque los considera expresiones humanas, o formas de vida donde los individuos se organizan estableciendo compromisos y beneficios.

En el campo de la arquitectura, Eliana Cárdenas (1996) propone analizar la identidad desde el ambiente construido, y tomar en cuenta la percepción de los individuos hacia el lugar. El método de análisis propuesto se apoya en las ciencias sociales y en los cambios que se dan en la ciudad a lo largo del tiempo, lo que permite percibir procesos de continuidad o ruptura. Esta metodología se apoya en métodos histórico-valorativo, analítico y modélico, que vinculan el contexto de los fenómenos urbano-arquitectónicos y los relacionan con los procesos socioculturales, con el objetivo de mejorar las condiciones de vida de los habitantes.

Cada lugar tiene un contexto espacial y temporal donde se encuentran características identitarias, presentes en el ambiente construido, y se yuxtaponen con los rasgos de identidad de las distintas clases sociales, o de las generaciones que van ocupando el lugar. Así, la arquitectura es reflejo de la estructura social y se entiende como un producto cultural (Cárdenas, 1996). También es importante considerar la ciudad como escenario de análisis que se presenta heterogéneo y con particularidades; por ejemplo, en sectores segregados existirán características populares. De estos datos se derivan criterios para transformar los lugares o para su preservación.

## **La identidad en los barrios del noroccidente de Quito**

La afirmación identitaria en el Ecuador comienza desde una visión positivista y culturalista, que nace de la preocupación desde que se conformó en el país el Estado-nación como pretexto para civilizar a la población (Tinajero, 1986). Con el pasar de los años surgen nuevas ideologías que aceptan la existencia de múltiples identidades en el Ecuador como reflejo de la realidad geográfica del país, y que de alguna manera revierten la connotación tradicional. Este esquema plantea reconocer entidades individuales y colectivas con particularidades, sobre todo subjetivas, referentes a valores, pensamientos, sentimientos y formas de vida, que coincide con la definición de García Canclini (1995), quien reconoce que todos los individuos tienen rasgos de identidad que los diferencian de los demás.

Esta realidad responde a los componentes de la cultura que incluyen lo material y lo espiritual, lo que Bourdieu (2006) cataloga como lo objetivo y lo subjetivo de la identidad, y se manifiestan en medio de la división de clases sociales, donde se distingue la existencia de culturas “dominantes” y culturas “dominadas”, cuyas características opuestas se deben a las diferentes condiciones de acceso a la propiedad o a los materiales de la existencia social (Cueva, 1967). Así, los valores culturales del sector dominante son acogidos por el Estado y los impone al resto de la población para asegurar control, dominación, hegemonía y legitimación, y a las expresiones diferentes las suprime, anula o sustituye con el concepto de “lo nacional” para poder manipular más la sociedad.

Ecuador es un país multiétnico, multicultural; tiene una población heterogénea que viene de tres vertientes sociodemográficas: la indígena, la africana y la europea. Después de la influencia de la modernidad se ha vivido un intento de blanqueamiento que más bien ha creado respuestas negativas contra la población negra o indígena, por el discurso de control de los sectores sociales desde las clases dominantes (Donoso Pareja, 2000). A partir de la influencia de la modernidad aparecen dos clases sociales bien definidas en el Ecuador: los mestizos, que se mueven desde la lógica de la ganancia, pues tratan de sacar

ventaja al monopolizar los recursos y expropiar las tierras, y por otro lado los indígenas, que se mueven bajo la lógica del prestigio, se refugian en sus comunidades y crean una lucha clasista (Naranjo, 1977).

A lo largo de la historia el Ecuador ha tenido como referencia identitaria la comparación permanente con Europa y Estados Unidos, lo que crea una constante comparación que resalta un país subdesarrollado en lo económico, con inestabilidad política y ambigüedad cultural. Pero también existen sociedades indígenas que se mantienen resilientes con ciertos valores que reviven desde sus etnias, presentan preocupación por su historia y cultura, y mantienen una mezcla con el folklore, lo ancestral y los valores modernos, donde se considera la definición del indio contemporáneo.

Cada clase mantiene sus propias expresiones culturales que subsisten de forma independiente; estas expresiones se van formando a lo largo de la historia, al igual que la implementación del capitalismo, que no solo afecta la economía del país, sino también tiene incidencia de medios modernos de comunicación, de movilidad, de interconexión entre poblaciones; estas nuevas dinámicas cambian la identidad: ya no se encuentran casos de etnicidad o nacionalismo puros, sino más bien derivaciones del mestizaje que vuelven más complejo el análisis (García Canclini N., 1995).

Es necesario aceptar el surgimiento de nuevas formas identitarias, renovadas dentro de un imaginario social ecuatoriano que tiene una vida moderna compleja, con diversidad de sectores sociales (Maluf *et al.*, 1996); esa misma situación se vive en Quito, que incluso, por ser la capital, es una ciudad donde la globalización ha impactado sobre todo en la economía. Quito se considera una ciudad mediana en Latinoamérica, comparada con Bogotá o Lima. Como característica de su población, los estratos medios y populares tienen expectativas de soñar con un mundo de consumo transnacionalizado, a diferencia del pasado, que se mantenía el consumo local (Chiriboga, 2009).

La identidad en Quito refleja un vínculo con factores políticos, sociales, históricos y económicos que se dan en medio de las relaciones sociales, y se han ligado en lo cultural a las normas, pero con el fenómeno de la globalización las tradiciones se han reinventado según los valores y principios de la comunidad; también han cambiado la percepción de la identidad, los símbolos, los rasgos cívicos, los rasgos sociales y la dimensión política, que se relacionan con la participación ciudadana y el sentido de pertenencia.

Es necesario aclarar que el sentido de pertenencia y la participación ciudadana están relacionados directamente, ya que el individuo asume compromisos de forma individual y colectiva; por ello el individuo busca participar activamente en organizaciones comunales, vecinales, deportivas, recreativas y gremiales. Estas actividades sobresalen en ciertos sectores según los intereses de los habitantes, a pesar de las particularidades territoriales y las diferentes dinámicas urbanas, como especifican las encuestas realizadas por el municipio de Quito en el año 2008 (Corporación Instituto de la Ciudad, 2009). Esto quiere decir que cuando el individuo se siente perteneciente a un lugar lo hace propio y lo cuida.

Pero la ciudad de Quito, así como la mayoría de las ciudades en el mundo, es producto de las diferencias sociales y su economía, que con las políticas de planificación generan un urbanismo para ricos y un urbanismo para los de menos ingresos. Pero el problema surge cuando la dotación de servicios, la infraestructura y la actuación de la municipalidad van dirigidas a un sector y somatizan ciertas zonas como peligrosas, deterioradas, desatendidas; por ello, por cuenta propia, ciertos sectores han logrado autoorganizarse para cubrir sus necesidades mediante la participación ciudadana.

En la ciudad prevalece un modelo urbano con realidades paralelas con varios conflictos, pero es un error generalizar la visión de los problemas de Latinoamérica y tratarlos a escala regional, por ser países en vías de desarrollo del sur, como se hace desde el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que sugiere la

aplicación de ciertas políticas a la región por tener el 60% de la población viviendo en la informalidad, sin tomar en cuenta las particularidades ni la realidad de las ciudades, ni tampoco la diferencia entre grandes, medianas o pequeñas ciudades, que presentan estructuras y dinámicas diferentes.

En Quito los procesos de transformación urbana se dan en la ciudad desde los años sesenta, cuando se consolida el mercado petrolero y mejora el nivel económico de la población, lo cual hace que la ciudad crezca, todo ello acompañado de políticas que genera la municipalidad y que promueven el desarrollo del suelo, los servicios y los equipamientos; hay un desarrollo vial y de las comunicaciones que da como resultado un fenómeno de centralidad y periferia (Carrión y Erazo, 2012). Pocos años más tarde, la expansión lineal de la ciudad llega a su límite, porque comienza la desaceleración económica y hay escasez de tierras, por lo que se buscan otros sectores de crecimiento, como los valles y la circunvalación de la ciudad.

Se entiende que los procesos de renovación y expansión urbana responden a la lógica empresarial de Quito, que, como consecuencia, provoca la marginación de ciertos sectores de la población, y las políticas municipales respaldan estas acciones, incluso al promover que un porcentaje de la población que reside en zonas centrales sea expulsado para poder generar procesos de renovación urbana y tener zonas más rentables, que dinamizan el mercado y benefician a promotores inmobiliarios, intermediarios y terratenientes.

La forma de crecimiento de la ciudad se organiza de manera contraria a la evolución de la sociedad, más bien responde a lógicas del capital, lo que genera que aparezcan asentamientos populares y formas de irregularidad en zonas con ausencia de inversión pública; es decir, barrios alejados de los servicios y equipamientos. La ciudad tiene un hipercentro donde se encuentran los barrios tradicionales y, según el testimonio de los moradores, dichas zonas poco a poco han ido cambiando su forma de vida y sus costumbres, debido a la influencia de la vida

moderna, lo que se lee como contraste de permanencias y rupturas de formas de vida.

Por otro lado, en los barrios alejados se percibe el desequilibrio y la falta de planificación; son barrios con fuertes contrastes, reflejo de los diferentes estratos económicos, que incluyen rasgos rurales y tiempos antiguos, a pesar de estar en medio de la ciudad. Estas diferencias se remontan hasta el siglo XVIII, cuando la opulencia y el acomodo contrastan con la miseria (Del Pino I., 2004).

La forma como se fue densificando la ciudad, con los pobres en la periferia, demuestra las tensiones y los desacuerdos no solo en el ámbito social y económico, sino también en lo cultural, pues aparecen distintas, pero simultáneas, formas de apropiación del espacio (Del Pino I., 1993), y la ubicación de los barrios informales en las periferias termina convirtiéndose en estructuras desconectadas de la ciudad cuyas necesidades no se atienden. Los intereses capitalistas permiten que el mercado organice la sociedad quiteña y le de forma a la ciudad provocando exclusión y segregación, por eso se considera las periferias como las zonas informales permitidas por el mismo gobierno municipal (Harvey, 2007).

El intento de organizar a Quito mediante la lógica de la ciudad moderna fue rebasado por las dinámicas y los asentamientos informales que aparecieron, sobre todo, en la década de los ochenta (Castro, 2011); así aparecen al nororiente el “Comité del Pueblo”, y al sur oriente la “Ecuatoriana”, asentamientos que no fueron planificados ni regulados por el municipio. La mayoría de estos asentamientos ocupó terrenos que no son aptos para construir viviendas, con condiciones de riesgo, sin servicios, equipamiento público, transporte y accesibilidad. Básicamente se forman sectores de hábitat segregados, marcados por la pobreza (Hernández, 2006).

Todo esto evidencia una ciudad donde el mercado atiende la problemática de vivienda, donde para satisfacer el déficit cuantitativo a través de las empresas privadas se crean planes de vivienda con espacios aislados sin relaciones sociales; esto permite

fácilmente el control, el sometimiento y la desposesión, porque se destruye el sentimiento de pertenencia y se evita la inversión en programas de interés social (Acosta M. E., 2009); en el caso de intervenir en zonas populares, la propia planificación y las reubicaciones de la población están asociadas con actos violentos (Sanchez, 2017).

En este escenario, abordar el tema de la vivienda es complejo, va más allá de datos estadísticos, incluso esta problemática debe ser acompañada por políticas públicas que ayuden a mejorar las condiciones de vida de la población, en especial de los que tienen bajos recursos (Acosta M. E., 2009). En Quito, parte de la problemática de la vivienda en cuanto al déficit cualitativo es la falta de proyectos de vivienda social; son muy pocas las respuestas que se generan a través de experiencias de Contrato Social por la Vivienda (cvs), en el cual intervienen varios actores sociales como organizaciones a favor de la vivienda, ONG, universidades, empresarios, especialistas, consultores e interesados en vivienda de interés social, con el fin de contribuir en un espacio de debate y defensa.

Estos proyectos son una alternativa para que los sectores vulnerables tengan acceso a créditos, terrenos, provisión de servicios básicos, todo ello con políticas públicas que privilegien la inclusión social, mejoren la calidad de vida de los pobladores en asentamientos irregulares, o donde se habitan viviendas precarias que carecen de servicios (Ponce Jarrín, 2002). Entre las organizaciones sociales del país se encuentran: CONBADE, Confederación Nacional Campesina-CNC “Eloy Alfaro”, Foro Urbano, Asociación de Mujeres Luchando por la Vida, Asociación de Vivienda Alianza de Mujeres, Asociación Vida Vivienda, Asociación de Vivienda Paseos del Pichincha, Acción por la Vida-Red de Vivienda, y otras fundaciones. Pero persiste el problema debido a la poca capacidad de endeudamiento, los ingresos mínimos y el empleo informal, que son parte de la realidad de las personas de escasos recursos.

Al analizar a Quito, con una superficie de 4183 km<sup>2</sup> y con más de 2.6 millones de habitantes distribuidos en 30 parroquias

urbanas y 32 parroquias rurales, se percibe la gran (cantidad de) heterogeneidad de sus asentamientos, debida a las diferentes formas de ocupación que responden al relieve, o a la cercanía de la infraestructura, pero también la consolidación urbana con procesos de informalidad, que se da desde la década de los setenta, sobre todo en zonas periféricas, y persiste hasta la actualidad.

En el año 2009 ya se registraban 170 barrios en situación de informalidad, y en la actualidad se ha incrementado esta cifra a 439 barrios; es decir el 60% de las construcciones de la ciudad son informales. Según datos del municipio, son alrededor de 45,000 lotes los que se encuentran en proceso de regularización, lo que equivale al 8% de la población de la ciudad (SENPLADES, 2015). Según el INEC, Quito, en el año 2000, ya supera el 1.6 millón de habitantes, con un crecimiento del 3,13% anual, para el año 2020 la población urbana se duplicó, y la mayoría de las personas se siguen ubicando en las zonas periurbanas, con viviendas unifamiliares (Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2020).

El Consejo Metropolitano creó en el mismo año 2009 la ordenanza para la regularización de barrios, pero solo llega a tramitar diecinueve barrios por año, lo que no cubre la realidad de la informalidad de la ocupación del suelo, y en muchos casos la medida se basa en aprobar fraccionamientos del suelo en parcelas más pequeñas, pero, como la normativa jurídica vigente no lo permite, se opta por el mecanismo de la expropiación. Es decir, que la velocidad del crecimiento de los asentamientos supera la capacidad de planificación de la ciudad, y las políticas de control no están acordes con las necesidades.

Es importante el análisis de asentamientos humanos populares y de bajos recursos económicos, en barrios que han surgido a través de invasiones, que se ubican sobre zonas agrícolas o de protección ecológica, quebradas, que prácticamente son consideradas de alto riesgo y han tenido que recurrir a mecanismos de autogestión para lograr dotación de servicios y condiciones de habitar aceptables. Los barrios de origen informal de Quito son, al norte Carapungo, Comité del Pueblo, la Pulida,

Atucucho, Barrios del Noroccidente; en el centro de la ciudad, Toctiuco y El tejtar, y por último, en la zona sur, Solanda, Quitumbe, Lucha de los Pobres.

Dentro del análisis se resalta el factor social, donde se mide la relación de pertenencia que tienen las personas con el espacio, y como caso de estudio se escogen los barrios del noroccidente, asentamientos que aparecieron como invasiones y poco a poco se han ido consolidando como barrios con grupos de casas populares. Junto a estos asentamientos se encuentran conjuntos habitacionales que se han ubicado en ese mismo lugar aprovechando el declive de las laderas, y las empresas inmobiliarias aprovechan los servicios y la vista panorámica para incrementar el valor de los terrenos.

A los barrios del noroccidente se los considera una de las zonas con mayor densidad en las laderas del volcán Pichincha; es una zona donde se percibe falta de políticas de regulación del mercado, poca atención en la demanda de suelo para vivienda y concentración de vivienda informal. Este sector se ubica en las periferias, que no cuentan con dotación de servicios, como vías de acceso, y la mayoría de los ejes viales de la ciudad responde a la forma lineal de la ciudad de norte a sur, y acentúa la concentración de áreas activas en el centro de la ciudad.

Para entender esos conflictos es necesario entender su historia y origen: los barrios del noroccidente son el resultado de la influencia de la construcción de la avenida Mariscal Sucre, que promueve la ocupación de la ladera occidental de la montaña. En este sector de la ciudad aparecen asentamientos catalogados de ilegales, mal vistos por atentar contra zonas de protección ecológica, y por otro lado aparecen edificaciones como el centro comercial El Bosque, y conjuntos habitacionales como El Condado, que atiende a las clases económicas altas, que aprovechan la dotación de servicios de los asentamientos ilegales.

En 1983 se creó la Federación de Barrios Populares del Noroccidente de Quito, para evitar el desalojo de sus asentamientos ubicados cerca al cinturón verde de las laderas del volcán Pichincha (Carrion *et al.*, 1992); las denuncias se dieron

desde Fundación Natura que es una fundación ecuatoriana para la conservación de la naturaleza, la biodiversidad y las áreas protegidas; en la denuncia se catalogaba estos asentamientos como invasores.

La cooperativa que se forma en este sector vendió gran parte de sus terrenos a personas que provienen de otras provincias, y poco a poco el barrio se consolidó, pero sigue desconectado de los lineamientos de la planificación de la ciudad y de la centralidad urbana. Las organizaciones del sector nunca tuvieron las herramientas necesarias para la gestión, y estos asentamientos demuestran las contradicciones sociales de un fenómeno en constante crecimiento. Fue necesario reestructurar el municipio para que se comenzaran a dar procesos de descentralización, con nuevas competencias y proyectos prioritarios para sectores populares (Carrion F., 2003), aunque todavía hay muchos aspectos que no han sido solucionados.

A partir de los años 2000 las nuevas políticas municipales reconocen a las organizaciones barriales como Unidades de Desarrollo Integral, que sirven para trabajar en conjunto intervenciones sociales, económicas, políticas, y que formaron partes de los planes municipales de ese mismo año, llamado Plan General de Desarrollo Territorial (PGDT), con la intención de cambiar la estructura del suelo según las demandas de urbanización; es decir, con políticas de intervención del suelo que atienden sectores vulnerables y plantean la promoción y la oferta de suelo urbanizado para frenar la especulación.

En el año 2009 se crean leyes para que los habitantes de los barrios periféricos tengan apoyo jurídico y logren legalizar su propiedad, y también reclamar la dotación de servicios; estas leyes tienen como referencia constitucional el artículo 248 de la Constitución del Ecuador, donde se reconoce a barrios, parroquias, comunidades y comunas como unidades básicas que pueden participar junto con los gobiernos autónomos descentralizados en la planificación de la ciudad. Por otro lado, también está el Código Orgánico de Organización Territorial, Autonomías y Descentralización COOTAD (2010), cuyo artículo 306 reconoce los

barrios y parroquias urbanas como órganos de representación comunitaria y se promueve su participación para la gestión de la ciudad.

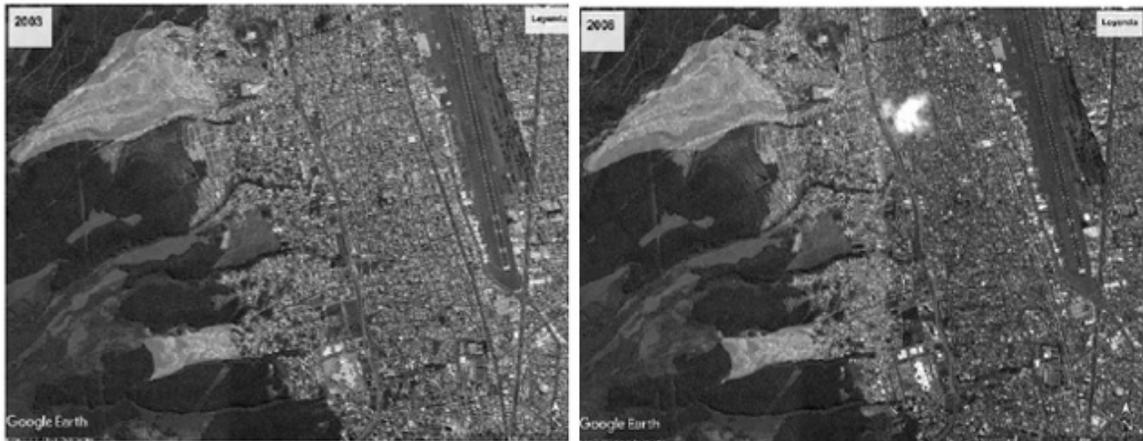
Como complemento a estas estrategias se forman organizaciones sociales a través de cooperativas, asociaciones que tienen un comité que pueda ser avalado y aceptado por la municipalidad. Estos mecanismos permiten defender a estos sectores, y reconocen la autoproducción como un mecanismo de supervivencia económica del sector informal, en lo que se incluye la formación de redes sociales de cooperación; de alguna manera, a la autoproducción también se la puede considerar sistema productivo que genera trabajo colectivo. También hay otras características y ventajas; por ejemplo, la flexibilidad de las manzanas, que permite combinaciones internas que se articulan con las formas colectivas de habitar, se optimizan recursos y se busca una respuesta inconsciente de la satisfacción de necesidades.

Por ello la herramienta para analizar el habitar de los usuarios es la cotidianidad a nivel multiescalar; es decir, la relación espacial de la vivienda y su vínculo con el barrio y la ciudad. De igual forma, otra herramienta que facilita el estudio de la informalidad es identificar patrones de uso, como los propuestos por Alexander (1980) para delinear los aspectos de similitud y diferencia; este análisis no parte de una visión disciplinar, sino desde la propia idiosincrasia de los habitantes y las condiciones del contexto.

Dentro del análisis de este caso de estudio, el primer paso es hacer el análisis contextual, donde, al reflexionar sobre cómo se han dado los modelos de planificación de Quito, pues estos, en su mayoría, responden a una ciudad lineal con ejes de norte a sur, sin dar mayor respuesta a ejes trasversales de este a oeste, lo que genera fraccionamientos de la ciudad y zonas monofuncionales o de carácter privado, con bajas densidades que rompen el tejido y dinámicas de la ciudad. Este modelo es el resultado de ejemplos de ciudad compacta que caracterizaron las configuraciones de ciudad del siglo xx, cuando se jerarquiza la estructura vial para garantizar conexiones de espacios centrales con el resto de áreas

urbanas, que dejan de lado a las periferias, donde se encuentran formas de resistencia como la autoproducción.

**Ilustración 4.** Fotografías satelitales del sector de estudio en el año 2003 a 2008



**Fuente:** Fotografías satelitales del año 2003 a 2008 que muestran el crecimiento de las zonas informales en las periferias que superan el límite de crecimiento de la ciudad. Tomado de Google Earth, 2022.

Desde un punto de vista histórico, con el apoyo de fotografías satelitales que demuestran cómo se han ido densificando los asentamientos de los barrios del noroccidente entre los años 2003 y 2008 se evidencia el crecimiento de la ciudad hacia las periferias, donde se comienza a dar mayor presencia del sector inmobiliario en las zonas más altas, aprovechando la presencia de equipamiento y servicios que fueron solicitados por las construcciones informales, y también por la presencia del centro comercial cercano El Bosque, lo que provoca la aparición de grupos de viviendas no solo de carácter informal, sino más bien viviendas que responden a la tendencia de conjuntos habitacionales cerrados o edificios altos.

Esto demuestra que las políticas de planificación y gestión por parte de los municipios coinciden con las políticas neoliberales de los gobiernos, que permiten que se sobrepasen los límites de crecimiento de la ciudad, para luego beneficiar al mercado inmobiliario y a la especulación del suelo, sin entender la realidad ni la lógica de las comunidades y barrios y sus organizaciones.

Dentro de la municipalidad se mantiene una gestión con relación vertical de arriba hacia abajo en cuanto a la planificación de la ciudad, y para controlar el crecimiento de asentamientos informales el discurso es desplazar a los individuos que habitan la informalidad hacia otros lugares, como si fuera algo tan sencillo.

El hecho de que las personas deban desplazar su habitar a otro lugar destruye las dinámicas de la vida de los usuarios y el sentido de pertenencia hacia el lugar, lo que acentúa las diferencias entre espacios centrales y periféricos. Pero, a pesar de los intentos de controlar la informalidad, esta sigue creciendo, como lo indica la siguiente imagen del año 2021, donde se observan asentamientos cada vez más densificados, cada vez en zonas más altas, a pesar de la vulnerabilidad de ubicarse entre quebradas, en zonas de riesgos por deslaves o aluviones, y esa tendencia se mantiene hasta la actualidad.

En cuanto a los datos cualitativos, según las entrevistas realizadas a los habitantes del lugar, se obtienen datos socioeconómicos y características de los grupos familiares, datos de sexo y edad, para determinar cómo se conforman en la actualidad las dinámicas familiares y la relación de los individuos en su interior, porque el funcionamiento de la vivienda está estrechamente relacionado con la estructura familiar, y cada estructura familiar depende del número de miembros, lo que se refleja en el número de dormitorios que se necesite en la vivienda; aunque ese supuesto no siempre se cumple, sobre todo en las casas autoproducidas, siempre se piensa en que los espacios de la vivienda pueden ser una fuente de ingresos y aparecen dormitorios para arrendamiento, o para atender a familias extensas, e incluso para cubrir las necesidades de otras actividades de la misma vivienda, que puede ser actividades de emprendimientos.

**Ilustración 5.** Fotografías satelitales del sector de estudio del año 2021



**Fuente:** Fotografía satelital que muestra la densificación del año 2021. Tomado de Google Earth, 2022.

Es claro que, al tratarse de un escenario informal, también las actividades que se desarrollan en este sector, como el trabajo, son informales, y estas actividades necesitan espacios adicionales a lo que se acostumbra diseñar en la vivienda, o espacios flexibles que permitan realizar varias actividades. Es lo contrario de lo que se encuentra en el caso de los conjuntos residenciales, donde es muy complejo construir espacios adicionales para otras actividades, y tampoco la vivienda presenta flexibilidad en su interior; incluso existen normas internas, que son parte de la ley de propiedad horizontal, que no permiten actividades económicas en espacios que se destinaron a vivienda.

Se puede afirmar, pues, que desde los esquemas de organización espacial sobresalen grandes diferencias entre los dos escenarios comparativos de estudio, que desde un análisis funcional en el primer caso con las viviendas del barrio del noroccidente se tiende a construir espontáneamente espacios que responden a patrones, según las necesidades en sus actividades, es así que la forma de la

vivienda parte de una estructura básica y luego aparecen espacios adicionales que se pueden adaptar según su uso. Generalmente, las viviendas jerarquizan patios, y construyen alrededor de este espacio, uniendo dormitorios, talleres y tiendas mediante corredores. Por ello estéticamente se ven fachadas en etapas de desarrollo, con diferentes materiales textura y colores, que se complementan con otros elementos arquitectónicos, como escaleras, pasillos, que casi siempre están fuera de las viviendas como un anexo y pueden obstaculizar la iluminación y la ventilación.

Respecto de sus acabados y los sistemas constructivos, es aquí donde se comienza a ver las particularidades de la informalidad, porque la vivienda autoproducida cuenta con varias etapas para su construcción, que comienza desde la adquisición de un terreno donde se opta por medios irregulares que en el futuro pueden generar problemas en los procesos de legalización de escrituras. Luego está el hecho de construir, donde la mayoría de individuos del barrio al ser carpinteros, albañiles, o maestros de construcción, ponen toda su experiencia recogida de su trabajo y las aplican directamente en la autoproducción, en procesos como mingas o participación del colectivo.

En las viviendas del barrio del noroccidente el material más importante es la pintura y la aplicación de una capa de enlucido o aplanado, no como tema estético, sino como protección. El hecho de que la vivienda se encuentre pintada ya le quita la condición de precariedad, y a su vez es un indicador de prosperidad de la situación económica de sus dueños; es decir, son los mismos materiales los que reflejan las formas de producir la vivienda, y es un indicador de progreso de los usuarios, y el factor que determina que la vivienda se encuentra terminada es la colocación de acabados. El hecho de que existan viviendas autoproducidas y que no siempre se encuentren terminadas invita a la reflexión sobre la habitabilidad de la vivienda, su estado de consolidación, y la garantía de su vida prolongada.

Pero también se debe aclarar que en el barrio del noroccidente la apariencia estética de las fachadas no es importante para sus

usuarios, pueden verse de baja calidad, pero estas viviendas los identifican con el sentimiento de propiedad, esfuerzo, y seguridad. En cambio, en los conjuntos residenciales se mantienen fachadas pintadas porque, al presentarse en mal estado, los usuarios corren el riesgo de ser multados, no es que no reflejen la idiosincrasia, sino que al vivir con más reglas y normas no solo se limitan en mantener la apariencia de la vivienda en buen estado, también tienen limitaciones de cambio, tienen poca flexibilidad; por ende, está limitada la forma de habitar.

Como se explicó antes, el habitar está estrechamente relacionado con las percepciones y la apropiación del lugar, y dentro del análisis de estas dinámicas de cada habitante, dentro de sus rutinas diarias, se puede comprobar cómo las percepciones afectan en la forma de habitar, y conforme los usuarios permanecen requieren cambios o adaptaciones, según su forma de vida; por ello la flexibilidad se vuelve un factor importante que responde directamente a la heterogeneidad de estructuras familiares que aparecen, al igual que la diferencia entre usuarios.

En cuanto a la organización espacial, los modelos preestablecidos o estándares que siempre se consideran en la vivienda, la sala, el comedor, la cocina, los dormitorios, los baños y el garaje, no son el modelo que responda a la realidad, sobre todo a la realidad de la informalidad, que puede decirse es la mayoría de la realidad latinoamericana, porque no consideran adicionales, como zona de costura y almacén, y tampoco se han considerado espacios de arriendo como otra fuente de ingresos, porque para la población de bajos ingresos la vivienda constituye la base de su sustento; por ello aparece la tendencia de pequeñas tiendas, talleres de reparaciones que se ubican en planta baja, y en las terrazas se ubican los servicios para lavado y secado de ropa.

Al sumar los aspectos cualitativos que parten del estudio de patrones de comportamiento en el interior de la vivienda, es importante considerar que se deben diseñar espacios compartidos y espacios privados o de intimidad, porque los individuos, para satisfacer sus necesidades, deben reflejar sus comportamientos de orden individual desde el orden social; es decir, las formas de

habitar se dan sobre la base de las características de consumo, preferencia, condicionamientos económicos, culturales, políticos; esto es, de acuerdo con estereotipos de clase social y según las relaciones étnicas y de género.

Aparece la importancia de los espacios colectivos, porque son espacios que acogen las múltiples actividades que se extienden de la vivienda; se los debe considerar como espacios complementarios, o áreas inmediatas a la vivienda, y se analizan según los patrones de Alexander (1980), desde la escala barrial, donde se debe fomentar la formación de comunidades y de conexiones entre viviendas. Al analizar estos espacios colectivos en el caso de los barrios del noroccidente, se observa que son lavanderías, espacios para secar ropa, patios o callejones de ingreso a las viviendas; es decir, son espacios comunes, porque incluyen actividades determinadas que tienen a su vez un valor simbólico para los usuarios. Por ende, construyen identidades afectivas, son espacios ideales para su apropiación, y se los toma como punto de referencia.

En cambio, en los conjuntos residenciales, por ser asentamientos cerrados, las relaciones sociales son diferentes a las dinámicas de los barrios, el mismo hecho de encerrarse ya genera una ruptura con los tejidos de la ciudad y las dinámicas colectivas, y más bien aparecen comportamientos individualistas, y los usuarios tienen menos interacción comunitaria; el hecho de tener lavadora y secadora en el interior de la vivienda hace que tampoco esta actividad sea la oportunidad de compartir entre vecinos. Entre las desventajas en los conjuntos habitacionales está que, al no tener espacios de compartir entre individuos, los espacios comunes solo sirven para transitar, pero un espacio peatonal no está diseñado únicamente para transitar, es un espacio que debería ser apropiado para encuentros entre individuos, incluso para la resolución de problemas.

Un factor importante es que, al conocerse entre vecinos y tener espacios colectivos, se aumenta la percepción de seguridad, y los individuos que habitan estos barrios se sienten identificados tanto en su vivienda como en el barrio. La actividad barrial y los

equipamientos barriales, a pesar de no ser de buena calidad, son suficientes porque permiten su uso y disfrute. En el barrio del noroccidente, como la mayoría de vecinos se conoce, se han creado accesos en común para sus viviendas autoproducidas, totalmente lo contrario de las construcciones que responden a conjuntos habitacionales cerrados, donde existe un único acceso al conjunto y siempre es dependiente de un guardia.

Según los resultados de las entrevistas realizadas en el tema de seguridad, en los conjuntos residenciales los habitantes tienen una percepción del 33%, entonces optan por rejas en puertas y ventanas de los primeros pisos, o cerramientos altos, y los conjuntos tienen muros altos con cercas eléctricas y alarmas, a diferencia del barrio, donde la percepción de seguridad es del 83%, en este escenario no existen las garitas de los guardias, hay menos cerramientos o implementos de seguridad, y este factor se debe a que existe mayor participación y relación entre vecinos, y la participación colectiva es de un 61%, a diferencia de los conjuntos residenciales, donde es del 11%.

Las percepciones de inseguridad crean un desorden emocional por el cual los individuos no quieren salir de sus viviendas, incluso sienten miedo de la interacción en plazas y calles (Alexander, Angel e Ishikawa, 1980). Por ello la función social de estos espacios comunes es ofrecer un lugar de compartir, y así se transforman en la base de actividades barriales, o de grupos de individuos. En el caso de que no existan estos espacios comunes, algunos habitantes optan por cerrar las calles y evitar el paso del automóvil.

Esto demuestra que los factores socioculturales se asocian a las formas de habitar, que es un reflejo de la estructura mental de los individuos (Nuñez-Villalobos, 2017); dentro de las estructuras mentales se encuentran las funciones que cumple cada individuo, según las normas y los estereotipos del colectivo, y cada individuo valora la vivienda de forma diferente, al igual que a su barrio: no es lo mismo lo que entienden los hombres que lo que entienden las mujeres, para cada individuo, incluso, aparecen figuras simbólicas particulares.

# Reflexiones

El análisis de la vivienda después de la influencia de la modernidad evidencia cómo han cambiado los estilos de vida de los individuos, su vida cotidiana, donde interviene la interiorización profunda de valores y códigos modernos que han modificado incluso las formas de representación de la cultura. Esto demuestra que también existen cambios en los rasgos identitarios según el contexto donde se desenvuelve el individuo; es decir, tanto el individuo como la identidad, para adaptarse a este mundo moderno, se han redefinido, han ampliado sus conocimientos por la generalización de la cultura occidental, de ciertas expresiones culturales locales que se mantienen.

Los cambios constantes del mundo moderno y sus características dinámicas pueden ser analizados a través de la Teoría de las Representaciones Sociales, que explica la evolución de los individuos y la influencia de elementos externos que generan cambios en sus comportamientos. Durkheim (1988) y Bourdieu (1987) coinciden en que los comportamientos tienen estereotipos y conductas que son la traducción del pensamiento, porque dependen de cómo cada individuo los interioriza de acuerdo con sus prácticas y los esquemas de percepción, y también influyen en la forma de habitar.

Este incremento de la informalidad tiene mucho que ver con la crisis financiera que se vivió en el país entre los años 2000 y 2007, con la devaluación de la moneda después del feriado bancario y la posterior dolarización, lo que incrementó los índices de pobreza, y se generaron procesos de migración que se concentraron en la capital (Acosta A., 2006). Esta migración expande los límites de la ciudad y engruesa las zonas populares informales que no tuvieron una atención adecuada por los gobiernos neoliberales, que se concentraron en respuestas para clases sociales con capacidad de crédito mediante esquemas público-privados.

Luego llegaron los gobiernos progresistas con la intención de reconfigurar el Estado, y se plantean modificaciones a las políticas

del desarrollo territorial; así se crea en el 2014 el “Plan de Desarrollo Territorial”, a cargo de la Secretaría de Planificación, que cambia la forma de gestión a modelos centralizados, diferentes de los modelos de administraciones locales que existían antes, con algunos problemas adicionales, como, por ejemplo, no cubrir la demanda de viviendas solicitadas, o entregar viviendas con un valor adicional al acordado, incluso con falta de infraestructura mínima que no permite la habitabilidad, al igual que la falta de equipamientos que, a pesar de estar ofrecidos, no son construidos por el municipio.

Es importante que tanto el gobierno como los organismos de planificación y control de la ciudad concienticen que se necesitan políticas de acción integral que respondan a la realidad, porque ante políticas ineficientes la población opta por acciones directas y espontáneas, de forma independiente o colectiva, con el fin de dar solución inmediata al problema de la vivienda. En ese sentido, se puede ver que las dinámicas de resistencia han demostrado que la producción del hábitat se realiza desde las prácticas sociales cotidianas, porque son las mismas comunidades las que controlan los territorios y ponen en duda el orden jerárquico de la sociedad, porque interrumpen la acumulación de capital. Cuando los mismos usuarios reflejan su habitar, significa que están estructurando el espacio, no solo el inmediato, y abordan una dimensión insurgente (Pelli, 2007).

A lo largo de la historia, estos barrios del noroccidente han tenido muchos conflictos y procesos de lucha con el gobierno municipal, para legalizarse y dotarse de servicios. Según el Centro de Investigaciones Ciudad, los barrios del noroccidente aparecieron como huasipungos; es decir, grandes haciendas que con el pasar del tiempo cuyos trabajadores obtuvieron parcelas de tierra luego de negociar con los propietarios. Este fenómeno de división de parcelas se vive en toda la ciudad; el norte de Quito era la antigua hacienda La Delicia, que pasó a ser los sectores de Pisulí y Atucucho. Hay otros sectores, como la hacienda La Roldós, que se dividió directamente con procesos de compra y venta de terrenos, y en otros casos se crearon cooperativas de vivienda para

la adquisición de terrenos y construcción de viviendas para personas que venían de provincias.

Pero el término invasión es incorrecto, y no se dio paso a ningún problema legal, porque, como demostraron los moradores del sector; ellos tenían las escrituras, por ser dueños de sus viviendas, y dieron paso a la formación de organizaciones barriales como protección a la intención de desalojo y derrocamiento, y crearon varios movimientos sociales con protestas, incluso con marchas para el reclamo de servicios básicos como agua, luz eléctrica y alcantarillado.

El municipio los dota de servicios, incluso de vías de acceso, y se crean convenios para que los trabajos sean en cooperación con los mismos moradores del lugar, lo que promueve la ocupación de otros terrenos por parte del sector inmobiliario y otros proyectos del mismo municipio que tenían las mismas características que las de la Junta de la Vivienda, que promueven vivienda social en el sur de la ciudad, y por primera vez también se ubican al norte. Así aparecen proyectos como San Carlos y La Granda Garcés, que se encuentran justo en el límite de la ciudad que se marca con la avenida Mariscal Sucre.

A partir de los reclamos de los servicios básicos los barrios del noroccidente se van consolidando, y se van integrando cada vez más grupos de viviendas, cuya la mayoría de población es de clase media, incluidos profesionales, y también artesanos, carpinteros, y servidores públicos. La formación de estas organizaciones barriales da paso a organizaciones más pequeñas, comités barriales, ligas barriales, clubes, organizaciones juveniles, organizaciones de mujeres, asociaciones y consorcios. Pero cada vez que se subdivide la organización de los pobladores se debilitan las acciones coordinadas y se rompe el diálogo con el municipio, y más bien aparecen intereses particulares de cada sector.

Esta presión por parte del mercado inmobiliario nuevamente genera problemas a los barrios del noroccidente, y las organizaciones barriales nuevamente se unen para defender sus asentamientos, basados en el derecho a la vivienda, y protegidos por el artículo 18 de las obligaciones de los Estados de adoptar

medidas y normas de protección, donde se estipula que los desalojos forzosos son incompatibles en este sector.

Esta protesta permitió no solo la defensa de los asentamientos, sino también varias reflexiones hacia el gestionar de la vivienda y que se atiende a los barrios periféricos, lo que no estaba considerado dentro de las políticas públicas municipales. En los años 2000, en medio de la crisis bancaria, cambian nuevamente las reglas para la adquisición de la vivienda, y las organizaciones de los barrios del noroccidente optan por economía popular y solidaria; es decir, con créditos familiares mediante la unión de cooperativas y créditos de fondos de desarrollo de vida.

Como resultados se tiene escenarios bien marcados con características particulares, pero a su vez con mucha desigualdad, no solo en los estratos económicos, sino también en la distribución de equipamientos, al igual que en la atención y la planificación. Esta realidad se refleja directamente en los patrones de concentración de capital, con los precios del suelo, y también en lugares donde se concentran las inversiones, y por ende influye en la calidad del hábitat, porque hay sectores atendidos y sectores totalmente olvidados.

Como medida urgente, y ante la preocupación del municipio, se crea la Unidad Espacial para Regulación de Barrios, como entidad que agilice la ocupación del suelo informal, mediante informes y trámites que contengan aspectos sociales, legales y técnicos de cada barrio. Dentro de los procesos se establecen varias fases, como participación ciudadana, que se realiza mediante reuniones con los dirigentes de los barrios; también se realizan talleres, asambleas e inspecciones, con el fin de regularizar los barrios informales.

Por otro lado, para el análisis cualitativo de los aspectos subjetivos, se realizan entrevistas a los habitantes del barrio del noroccidente y a los conjuntos habitacionales cercanos que sirven como escenarios comparativos, para corroborar la información de los aspectos económico, político y social del sector de estudio, y relacionar las formas de vida y sus vínculos con la cultura del

lugar, que pone frente a frente a la informalidad con las viviendas diseñadas y construidas por empresas inmobiliarias.

Los rasgos identitarios son parte de las ciudades latinoamericanas, porque dentro de las expresiones identitarias se mantienen fuertes vínculos con los criterios antiguos, rurales, de jerarquización; claro que estas manifestaciones en la actualidad son diferentes, y la misma configuración de la ciudad cambia por la expansión urbana, como también cambian las formas de relación entre los grupos sociales y sus comportamientos, incluso porque el hombre contemporáneo, que refleja individualismo, aunque no ha dejado de lado su condición de identificación hacia el colectivo.

Todos estos rasgos en la vivienda la vuelven de igual manera un objeto en constante cambio, flexible, adaptable, un objeto que alberga múltiples actividades, y que nunca puede considerarse terminado. Incluso la misma diversidad de la sociedad presenta cambios en las estructuras familiares, y aparece una diversidad de composiciones que marcan las dinámicas y los comportamientos de la vivienda, que solo pueden entenderse al analizar las actividades de la cotidianidad de acuerdo con la idiosincrasia de cada individuo, lo que incluye el aspecto simbólico y subjetivo.

No se puede negar que vivimos en una época donde domina el discurso económico, y por ende aparecen condiciones favorables y desfavorables en la sociedad; la tendencia hacia el neoliberalismo genera una brecha más amplia entre ricos y pobres, y la pobreza es un fenómeno que se define por la insatisfacción y la privación de las necesidades básicas. En este contexto, la problemática alrededor de la vivienda se centra en el acceso a ella, por eso aparecen respuestas alternativas, como los procesos de autoproducción dentro de la informalidad, como la alternativa de intervención frente a la segregación social, y la inequidad económica, uno cuyo rasgo es la constante transformación y la adaptación del habitar.

Un factor importante dentro de la vivienda autoproducida es la relación dialéctica entre la dimensión edificada y la dimensión social, y cualquier cambio que se dé dentro de las prácticas

sociales van a concretarse en las expresiones formales edificadas, porque los comportamientos afectan a las formas y la disposición de los espacios. Además, aparecen dinámicas y relaciones con el colectivo, los saberes, las experiencias y las memorias de los habitantes de cada lugar; se refuerzan lazos de solidaridad; se busca soluciones inmediatas a las necesidades, e incluso el riesgo de que las viviendas se ubiquen en las periferias no es tan significativo, sino el hecho de tener vivienda, y tampoco es importante la estética o la apariencia.

En definitiva, al analizar el habitar se entiende que es un constructo social y colectivo a partir de negociaciones y acuerdos. Cabe recalcar que generalmente no se incluye este aspecto dentro de los análisis de vivienda, pero es muy necesario, porque articula la relación espacial, las jerarquías, los grados de intimidad y la necesidad de compartir en colectivo, lo que se puede obtener mediante el estudio de patrones de comportamiento, y puede traducirse al campo de la arquitectura como nuevos códigos de expresión contemporáneos.

A pesar del discurso contrario a la informalidad, no van a desaparecer los procesos de autoproducción, seguirán existiendo críticas, y seguirá el discurso desde el gobierno, que mediante mecanismos de control intenta imponer geometrías para desaparecer a la informalidad sin entenderla, porque el fenómeno de la informalidad no se puede minimizar, y más bien los gobiernos deben asumir su responsabilidad y cambiar las políticas de gestión con que se ha trabajado en los últimos años, generar instrumentos de apoyo y condiciones que permitan satisfacer las necesidades básicas, tomando en cuenta que la vivienda es un derecho social.

Es un hecho que esta inercia disfuncional por parte del gobierno no responde a las necesidades reales, a pesar de la existencia de programas de vivienda social, estos programas no son suficientes y se incrementa el déficit cuantitativo, en cuanto al déficit cualitativo, no se puede hacer frente a todos los problemas sociales, a la saturación de ciudades, a la baja potencialidad de desarrollo, al hacinamiento, a los altos niveles de segregación, y

tampoco hay propuestas a corto o largo plazo sobre cómo debe ser la tipología de vivienda pertinente. Ello lleva a reflexiones sobre la revisión desde el concepto de vivienda de calidad, porque la vivienda no es solo un producto material y funcional que cumple el papel de un bien mercantil; más bien es un objeto complejo que debe garantizar las condiciones de desarrollo familiar, es un soporte de quienes la habitan, incluso en sus dimensiones culturales.

Esta reflexión provoca una nueva visión en las políticas de gobierno, que deben abrir soluciones dentro de los programas de producción de vivienda, donde se incluyan las prácticas sociales y se formen programas de producción social del hábitat, según las necesidades de las viviendas del siglo XXI. Estas políticas deben ser incluyentes, no pueden basarse en reglas del mercado, deben incluir un ajuste estructural y de regularización. Deben revisarse el tema de subsidios, los cuales están anclados en el tema de salarios; lo que se requiere es que los sectores pobres no pueden quedar aislados, y por ello se opta por las capacidades organizativas de los sectores informales.

## Bibliografía

- ACOSTA, A. (2006). *Breve historia económica del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- ACOSTA, M. E. (2009). *Políticas de vivienda en Ecuador desde la década de los 70*. Quito: FLACSO.
- ALEXANDER, C. (1981). *El modo intemporal de construir*. Barcelona: Gustavo Gili.
- ALEXANDER, C., Ángel, S. e Ishikawa, S. (1980). *Un lenguaje de patrones: ciudades, edificios, construcciones*. Barcelona: Gustavo Gili.
- ARANGO, S. (2014). *Ciudad y arquitectura. Seis generaciones que construyeron la América Latina moderna*. México: Fondo de Cultura Económica.
- AYALA-MORA, E. (2008). *Resumen de historia del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- BACHELARD, G. (2000). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BARBERO, J. M. (2005). «Dinámicas urbanas de la cultura». En José Laso (comp.), *Material del programa imágenes, medios y mediaciones*. Quito: UASB.

- BARRIOS, D. M. (1995). *La formación del arquitecto en el contexto socioeconómico mediato*. México: UNAM.
- BAUMAN, Z. (2000). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BENAVIDES, J. (1995). *La arquitectura del siglo xx en Quito*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- BERGER, P. y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Talleres Gráficos EDIGRAF.
- BORJA, J. (2011). *Revolución urbana y derecho a la ciudad*. Quito: OLACCHI.
- BOURDIEU, P. (1987). Espacio social y poder simbólico. *Cosas Dichas*, 127-142.
- \_\_\_\_\_ (2000). *Cuestiones de sociología*. Madrid: Ediciones Istiio.
- \_\_\_\_\_ (2006). *La identidad y la representación: elementos para una reflexión crítica sobre la idea de región*. Ecuador: Debate, 165-184.
- BREILH, J. (2000). *Epidemiología crítica: Una visión desde el realismo dialéctico y el multiculturalismo*. Salvador: Proyecto de Investigación para el ISC.
- CÁRDENAS, E. (1996). *Valorar la arquitectura desde la óptica de la identidad cultural*. La Habana: Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría.
- \_\_\_\_\_ (1999). *Problemas de teoría de la arquitectura*. México: Universidad de Guanajuato.
- \_\_\_\_\_ (2018). *Histografía e identidad en la arquitectura cubana*. Valladolid: Instituto Universitario de Urbanística.
- CARPIO, E. A. (1987). *El proceso urbano en el Ecuador*. Quito: Ildis.
- CARRION, D. et al., E. (1992). "Diagnóstico de los barrios populares del noroccidente de Quito". *Serie Ensayos FORHUM*, 30.
- CARRION, F. (noviembre de 2003). El problema de la vivienda en el Ecuador. *Diario Hoy*. Disponible en: <http://www.flacso.org.ec/docs/proviviee.pdf>.
- \_\_\_\_\_ (2015). El giro a la izquierda: los gobiernos locales de América Latina, 21-56.
- \_\_\_\_\_ y Erazo, J. (2012). *La forma urbana de Quito: una historia de centros y periferias*. Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines, vol. 41, núm. 3.
- CASTELLS, M. (1998). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza Editorial.
- CASTRO, K. (2011). *Análisis de modelos de gestión para legalizar asentamientos humanos irregulares, caso del Distrito Metropolitano de Quito 2001-2011*. Quito.
- CERTAÚ, M. D. (1996). *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, Alejandro Pescador (trad). México: Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- CHIRIBOGA, M. (2009). *Quito, identidad, innovación y competitividad*. Quito: Ediciones Continente.
- CONNOLLY, P. (2009). Observing the Evolution of Irregular Settlements: México City's colonias populares, 1990 to 2005. *International Development Planning Review*, 1-

- COOTAD, C. O. (9 de septiembre de 2010). *Registro oficial suplemento 303 vigente desde el 2009*. Disponible en: [http://www.oas.org/juridico/pdfs/mesicic4\\_ecu\\_org.pdf](http://www.oas.org/juridico/pdfs/mesicic4_ecu_org.pdf).
- CORPORACIÓN Instituto de la Ciudad, Q. (2009). *Midiendo la calidad de vida. Quito, un caleidoscopio de percepciones*, 211.
- CUEVA, A. (1967a). "Nuestra ambigüedad cultural". *Entre la ira y la esperanza*. Quito.
- \_\_\_\_\_ (1967b). *Entre la ira y la esperanza*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- DE Fusco, R. (1983). *Historia de la arquitectura contemporánea*. H. Blume Editores.
- DEL Pino, I. (1993). "Los asentamientos aborígenes en la historia de Quito", en *Arquitectura de Quito: una visión histórica*, serie Quito 8. Quito: Municipio de Quito / Junta de Andalucía.
- \_\_\_\_\_ (2004). *Quito 30 años de arquitectura moderna 1950-1980*. Quito: FADA-PUCE/TRAMA.
- \_\_\_\_\_ y Alt., E. (2009). *Ciudad y arquitectura republicana del Ecuador*. Quito: PUCE.
- DONOSO Pareja, M. (2000). *Ecuador: identidad o esquizofrenia*. Quito: Eskeletra.
- DURKHEIM, E. (1988). *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Alianza.
- ECHEVERRÍA, B. (1998). "El ethos barroco" en *La modernidad de lo barroco*. México: Ediciones Era.
- EKAMBI, J. (1974). *La percepción del hábitat*. Barcelona: Gustavo Gili.
- ESQUIVEL, M. T. (2005). *Vida cotidiana e identidad*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- FERNANDES, E. (2007). *La influencia del ministerio del capital de Hernando de Soto. Temas críticos en políticas de suelo en América Latina*. Cambridge: Lincoln Institute of Land Policy.
- FLORES, E. (2016). *Había un hábitat para el buen vivir. Andanzas compartidas de un caracol peregrino*. México: Rosa Luxemburgo Stiftung.
- GARCÍA Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- \_\_\_\_\_ (2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir en la modernidad*. Buenos Aires: Paidós Ibérica.
- GIGLIA, Á. (2007). *El habitar y la cultura*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- GIMÉNEZ, G. (2000). *Una teoría de identidades sociales. Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*. México: Colegio de la Frontera Norte.
- \_\_\_\_\_ (2005). La cultura como identidad y la identidad como cultura. *III Encuentro Internacional de Promotores y Gestores Culturales*, 1-27. Disponible en: [http://sic.gob.mx/ficha.php?table=centrodoc&table\\_id=70](http://sic.gob.mx/ficha.php?table=centrodoc&table_id=70).

- GONZÁLEZ, R. (2008). *Ética para una vivienda digna. El hábitat humano en función de las condiciones de sus usuarios*. Barcelona: Universidad Politécnic de Catalunya.
- GROSSBERG, L. (1996). Identity and Culture Studies. Is that all there is? *Questions of Cultural Identity* , 87-107.
- HALL, E. (1963). A System for the Notation of Proxemic Behavior. *American Anthropologist*, 1003- 1026.
- HAN, B.-C. (2020). *La desaparición de los rituales. Una topología del presente*. Barcelona: Ed. Herder.
- HARVEY, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. España: Akal.
- HELLER, A. (1987). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- HENDRICKS, F. y MacNair, M. (1969). Concepts of Environmental Quality Standards Based on Life Styles. *Report of the American Public Health Association*, 11-15.
- HERNÁNDEZ, N. G. (2006). *La formación de asentamientos informales: un proceso gestado por diferentes actores sociales*. Barcelona.
- JARAMILLO, S. (2012). *Urbanización informal: diagnóstico y políticas. Una revisión al debate latinoamericano para pensar líneas de acción actuales*. CEDE.
- KINGMAN, E. (2006). *La ciudad y los otros. Quito 1860 - 1940*. Santiago: EURE, vol. 32. Disponible en: <https://doi.org/10.4067/s0250-71612006000300012>.
- , Salman, T. y Dan, A. V. (2003). Las culturas urbanas en América Latina y los Andes: lo culto y lo popular, lo local y lo global, lo híbrido y lo mestizo. En S. Pachano, *Antología ciudadanía e identidad*. Quito: FLACSO, pp. 285 - 322).
- LACAN, J. (1990). *Escritos I*. México: Siglo XXI.
- LARRAIN, J. (2000). *Identity and Modernity in Latin America*. Cambridge: Polity Press.
- LECHNER, R. (2012). *Estado y derecho*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LEFEBVRE, H. (1968). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Traducción de Alberto Escudero. París: Alianza, 1972.
- MAGNAGHI, A. (2011). *El proyecto local. Hacia una conciencia del lugar*. Barcelona: Edicions UPC.
- MAIGUASHCA, J. (1989). Las clases subalternas en los años treinta. *Revista de Historia Económica*.
- MALUENDA, E. (2016). *La arquitectura moderna en Latinoamérica. Antología de autores, obras y textos*. Barcelona: Reverté.
- MALUF, N. y Alt., E. (1996). *Identidad y actores sociales en sociedades complejas*. Quito.
- MIDUVI, M. D. (2015). *Informe nacional del Ecuador para la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Vivienda y el Desarrollo Urbano Sostenible Hábitat III*. Subsecretaría de Hábitat y Asentamientos Humanos, SHAH.
- MIGNOLO, W. (2000). *Local Histories/Global Designs: Essays on the Coloniality of Power, Subaltern Knowledges and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press.
- MONTANER, J. (1999). *La modernidad superada*. Barcelona: G. Gili.

- \_\_\_\_\_ (2006). *Habitar el presente. Vivienda en España: sociedad, ciudad, tecnología y recursos*. Madrid.
- \_\_\_\_\_ (2008). *Vivienda contemporánea: cambio sociales y transformaciones tipológicas*. *Proyectiva*.
- \_\_\_\_\_ y Muxi, Z. (2010). Reflexiones para proyectar viviendas del siglo XXI. *DEARQ Revista de Arquitectura*, 82-99.
- MORALES, J. (1969). *Arquitectónica*. Santiago: Universidad de Chile.
- MOREIRA, R. y Álvarez, Y. (2004). *Arquitectura de Quito 1915-1985*. Quito: Colegio de Arquitectos del Ecuador, CAE.
- MUNICIPIO del Distrito Metropolitano de Quito (2020). *Quito, población y urbanización metropolitana 1982-2020*. Quito.
- MUNTAÑOLA, J. (1973). *La arquitectura como lugar*. Barcelona: G. Gili.
- MUXI, Z. (2005). *Mujeres y arquitectura: teoría y práctica de la vivienda*. Madrid: Arquitectura COAM.
- NARANJO, M. (1977). *Temas sobre la adaptación cultural ecuatoriana*. Quito: PUCE.
- NORBERG-SCHULTZ, C. (1975). *Existencia, espacio y arquitectura*. Barcelona: G. Gili.
- NÚÑEZ-VILLALOBOS, M. (2017). Los que se van y los que se quedan. Movilidad residencial intraurbana en el municipio de Nezahualcóyolt 2000-2010. *Tesis de doctorado en Estudios Urbanos y Ambientales en el Centro de Estudios Demográficos*. El Colegio de México.
- ORDÓÑEZ, J. F. y Serrano, J. S. (1973). *Arquitectura y represión*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo.
- ORTIZ, E. (2007). *Integración de un sistema de instrumentos de apoyo a la producción social de vivienda*. México.
- PACIONE, M. (2001). *Urban Geography: A Global Perspective*. Nueva York: Routledge.
- PELLI, V. (2007). *Habitar, participar, pertenecer: acceder a la vivienda - incluirse en la sociedad*. Buenos Aires: Nobuko.
- PENROSE, R. (2006). *Lo grande, lo pequeño y la mente humana*. Madrid: Akal.
- PÉREZ de Cuéllar, J. (1987). *Discurso inaugural del Año Internacional de la Vivienda para las familias sin hogar*. Naciones Unidas.
- PERLMAN, J. (2019). *Ciudades sin tugurios, ciudades sin alma*. Andamios.
- PEZEAU-MASSABUAU, J. (1983). *La maison espace social*. París: PUF.
- PIAGET, J. (1961). *La formación del símbolo en el niño*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PONCE Jarrín, J. (2002). *La vivienda y la infraestructura básica en el Ecuador 1990-2001*. Quito: Secretaría Técnica del Frente Social. Sistema integrado de indicadores sociales del Ecuador.
- PORTES, A. y Haller, W. (2004). *La economía informal*. Santiago: CEPAL.
- RAPOPORT, A. (1972). *Vivienda y cultura*. Barcelona: G. Gigli.

- \_\_\_\_\_ (1978). *Aspectos humanos de la forma urbana*. Barcelona: Gustavo Gili.
- ROMERO, G. (1994). *Reflexiones sobre la autconstrucción del hábitat popular en América Latina*. Red Cyted.
- ROMERO, G. y Mesias, R. (2004). *La participación en el diseño urbano y arquitectónico en la producción social del hábitat*. México: CYTED.
- SALAS, S. (1991). *Contra el hambre de vivienda. Soluciones tecnológicas Latinoamericanas*. Bogotá: Escala.
- SALINGAROS, N. (2018). *Forma, lenguaje y complejidad: Una teoría de la arquitectura*. Madrid: Asimétricas.
- SÁNCHEZ, P. (2017). La ciudad desde abajo vs. la ciudad desde arriba. Contradicciones entre la lógica de la necesidad y la lógica del mercado en la producción de la ciudad popular. *Memorias del Congreso de Estudios de la Ciudad*. Cuenca: Universidad del Azuay.
- SANTOS, B. D. (2003). *Crítica de la razón indolente*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- \_\_\_\_\_ (2006). *Conocer desde el Sur: para una cultura política emancipatoria*. Lima: Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM.
- SENPLADES (2015). *Talleres de acompañamiento al proceso de elaboración y actualización de planes de desarrollo y ordenamiento territorial*. Quito: SENPLADES.
- SEPÚLVEDA, O. (1991a). *Sectorización habitacional del territorio y vivienda regionalizada. Un argumento para descentralizar*. Santiago, Chile: Instituto de Vivienda, Facultad de Arquitectura y Urbanismo.
- \_\_\_\_\_ (1991b). *Progresividad habitacional. Un estudio sociofísico del programa de mejoramiento de barrios*. Santiago, Chile: Instituto de Vivienda de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo y el departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales.
- SLATER, P. E. (1970). *The Pursuit of Loneliness*. Boston: Beacon Press.
- TAMAYO, S. y Wildner, K. (2005). *Espacios e identidades*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- TERÁN, R. (1992). *La ciudad y sus símbolos: una aproximación a la historia de Quito en el siglo XVII*. Quito: Ciudad.
- TINAJERO, F. (1986). "Estudio introductorio". *Teoría de la Cultura Nacional*. Quito: BCE-CEN.
- TOPALOV, C. (1979). *La urbanización capitalista. Algunos elementos para su análisis*. México: Edicol.
- TUPIZA, A. (2001). *Valor del suelo en el Distrito Metropolitano de Quito. Cartografía, análisis, metadatos*. Quito, París: Cooperación Científica y Técnica entre el Municipio del Distrito Metropolitano de Quito (MDMQ) y el Institut de Recherche pour le Développement (IRD).
- TURNER, J. (1977). *Todo el poder para el usuario. Hacia la economía en la construcción del entorno*. Madrid: H. Blume Ediciones.

- TURNER, J. F. (1968). *Housing Priorities, Settlement Patterns, and Urban Development in Modernising Countries*. Journal of American Institute of Planners.
- WALTER, H. (1994). *L'Aventure des Langues en Occident*. París: Laffont.
- WISENFELD, E. (1997). *La autoconstrucción: un estudio psicosocial del significado de la vivienda*. Caracas: Ministerio de Infraestructura, Consejo Nacional de la Vivienda.



## **Universidad de Guadalajara**

RECTOR GENERAL

Dr. Ricardo Villanueva Lomelí

VICERRECTORÍA EJECUTIVA

Dr. Héctor Raúl Solís Gadea

SECRETARÍA GENERAL

Mtro. Guillermo Arturo Gómez Mata

## **Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño**

Dr. Francisco Javier González Madariaga

RECTOR DEL CENTRO

Dra. Isabel López Pérez

SECRETARÍA ACADÉMICA

Dr. Everardo Partida Granados

SECRETARÍA ADMINISTRATIVA

Dr. Juan Ángel Demerutis Arenas

DIVISIÓN DE DISEÑO Y PROYECTOS

Dr. Ramón Reyes Rodríguez

DEPARTAMENTO DE PROYECTOS URBANÍSTICOS

## **Identidades contemporáneas en la vivienda autoproducida de Quito**

Se terminó de editar en noviembre de 2023, en Estudio Tangente, SC,  
Av. Primavera 3032, int 37, Col. Parques del Bosque, CP 45609, Tlaquepaque, Jalisco, México.

Para su elaboración se utilizaron las familias tipográficas Alkes 10/12 pts.  
para cuerpo y Revx Neue de 16, 14 y 12 pts. para títulos y subtítulos

La plataforma fue en Macintosh y la diagramación en Adobe InDesign CC.

1 ejemplar ePub

INVESTIGACIONES | DCTS  
DOCTORADO CIUDAD, TERRITORIO Y SUSTENTABILIDAD



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA  
Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño

Los efectos de los procesos de modernización han provocado cambios positivos y negativos en los diferentes lugares donde se han desarrollado. Si bien es cierto que la modernidad se enfoca en la activación de todos los medios de producción, y estos procesos cambian la forma de actuar de los seres humanos, que responden a un discurso de poder que influye a escala general. En este contexto, el ámbito social se vuelve el más vulnerable, porque es donde se perciben los efectos negativos, dadas las tendencias económicas de globalización; en contraste con esta tendencia aparece la preocupación por recuperar rasgos locales, resaltar las particularidades del lugar; es decir, resaltar los procesos que enmarcan identidad, con una perspectiva sociocultural en medio de la ciudad moderna.

ISBN 978-607-581-081-2



9 786075 810812

**MISHELL ECHEVERRÍA BUCHELI** Es arquitecta por la Universidad Central del Ecuador, máster en Gestión y la Práctica docente por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Doctora en Ciudad, Territorio y Sustentabilidad por la Universidad de Guadalajara, Subdecana de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central, Docente Investigadora de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo en las asignaturas de Teoría de la Arquitectura e Historia de la Arquitectura, experiencia en investigaciones con enfoque humanístico, sobre temas de la vivienda, la informalidad e Identidades, Representante de Redu-ARQ, red de universidades de arquitectura del Ecuador.

[dcts.cuaad.udg.mx](http://dcts.cuaad.udg.mx)

